CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

26

QUINTO CURSO
(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

Febrero, 1951

20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — Febrero 12 de 1951 — No. 26

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

XV

Medardo Vitier

La Luz de la Iglesia

LAS obras de Historia general no destinan capítulos al Cristianismo como doctrina ni a la Iglesia como institución. El tema hay que estudiarlo en monografías, y no en castellano, salvo algún libro traducido. Por fortuna hay en francés y en inglés estudios como los de Schrüner, De Wulf, Taylor, Emerton, muy autorizados. La omisión de lo eclesiástico en los textos al uso sería menos sensible si entre nosotros se enseñara, aparte, la historia de la cultura.

No entran en mi asunto los hechos externos de la política medieval relacionados con la Iglesia sino la influencia de ésta en la vida laica y en la cultura. Tampoco me incumbe aquí su obra religiosa. Es la luz de efectos laicos la que me interesa señalar. Por otra parte, también hay sombras y no las ocultan autores ortodoxos, como Schruner en su tratado magistral La **Iglesia y la civilización en la Edad Media,** traducido del alemán al francés.

Lo primero es tener presente que a partir del siglo VIII, establecidas ya las razas nórdicas, de turno, aparecía una sociedad nueva. Tres factores la condicionaron: Los hebreos con las Sagradas Escrituras, la tradición clásica de Grecia y Roma, y el temperamento germánico. La herencia grecolatina se transmite, en buena parte, por la Iglesia, y las oleadas raciales del Norte se adoctrinan y dulcifican su rudeza al influjo de la acción eclesiástica.

Apenas hubo cultura laica en la Edad Media; el saber se confinaba en el clero. La Iglesia, por otra parte, experimentó el impacto de influencias extrañas. Unas las rechazó; otras la penetraron un tanto. Ninguna institución dura en el mundo sin

matizarse y a la larga desfigurar parte de su fisonomía originaria. Claro que la Iglesia se atuvo a sus fuentes: a las Escrituras, en cuyo texto, vertido por San Jerónimo al latín de la Vulgata, veía —y ve— la revelación divina; a la tradición apostólica; a los primeros concilios, como el de Nicea, de 325, y desde luego, a la autoridad de Roma, que aumentó desde sus primeros obispos, cuya jerarquía al fin superó la de otras sedes metropolitanas, como Constantinopla, Alejandría, Antioquía.

Pero los cinco primeros siglos de la Iglesia coinciden, aproximadamente, con el llamado período helenístico, o sea el tiempo comprendido entre la muerte de Alejandro en el 323 a. de C. y el fin del Imperio, a fines del siglo V d. de C. Esa segunda parte del período helenístico se caracterizó por cierto cosmopolitismo y por el influjo mutuo de muy disímiles doctrinas filosóficas y religiosas. Se produjo, sobre todo en Alejandría, un sincretismo notorio. El judío helenizado y helenizante, Filón, aplicó la interpretación alegórica a las Sagradas Escrituras, y su tesis del Logos alcanzó, según los especialistas, resonancia en la Teología cristiana, en lo concerniente al dogma de la Trinidad. Baste un ejemplo de su método alegórico. Enseña que los cuatro ríos del Edén representan las cuatro virtudes de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que además se hallan en el Estoicismo. Algunos Padres de la Iglesia retuvieron esa enseñanza.

Los cultos orientales se diseminaron por los países de cultura helenística. El Orfismo, por ejemplo, parece haber sido en Grecia una infiltración del Oriente. La diosa Isis, las influencias caldeas y persas... Y en cuanto al Neoplatonismo, sabido es que pesó no poco en San Agustín. No me incumbe puntualizar los elementos que de tales corrientes se le adhirieron a la Iglesia, pero aquella convivencia ideológica convirtió la institución en influyente e influída. Verdadero contraste formaron con las sencillas comunidades cristianas de los siglos primeros, los llamados Patriarcas de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía, recelosos de Roma, y la vasta elaboración teológica que culmina en el siglo XIII con la prodigiosa síntesis de Santo Tomás de Aquino.

Del mensaje de amor y de salvación que Jesús predica en las riberas y aldeas y luce radiante en el Sermón de la montaña;

de la palabra con que pintó el encanto de los lirios del valle, se levanta, imperante y misionera, una institución ecuménica con un cuerpo de creencias, una organización jerárquica de sello romano, un sistema legal, el Derecho canónico y una preeminencia medieval que le invitaba, en efecto, a ser la luz del mundo.

Se sacudió como pudo y hasta donde pudo las influencias del Oriente y Grecia; reprimió las herejías de arrianos y maniqueos, de nestorianos y montanistas, de gnósticos y priscilianistas en los primeros siglos, y abatió en el siglo XII a los **catharos**, aquellos albigenses del Sur de Francia bajo terrible cruzada. Reinach, que dista mucho de ser autor apologista en su **Orfeo**, declara que si la Iglesia recurrió muchas veces a la violencia e hizo verter sangre, afirmó al menos la superioridad del espíritu en una época en que la fuerza no estaba al servicio del derecho.

Para colmo de conflictos, la iglesia de Roma estuvo por siglos en antagonismo con la del Imperio Bizantino, más inclinada a lo griego y oriental. Por los intentos del Papa Gregorio III, el que coronó a Carlomagno, la Iglesia latina logró independizarse de Bizancio. Es curioso el caso, observado por Dawson en **The making of Europe**, de que siendo racionalista la mentalidad griega y siendo el griego el idioma de la Iglesia oriental, (bizantina) muy penetrada de filosofía helénica, no luchara aquel clero por organizarse sin sometimiento al Estado. Al contrario, fué la Iglesia de Occidente la que luchó por esa conquista. Más aún: intentó que el Estado se le sometiera. Autoridades en la materia lo atribuyen a que la Iglesia oriental hizo el gasto con sutilezas teológicas, en tanto que la organización latina, sin dejar al margen, ni mucho menos, la Teología, fué más jurídica, heredó la disciplina romana. A los otros, a los de Bizancio, ni el haber presenciado en la sed fastuosa, las compilaciones del Derecho romano inspiradas por Justiniano, les incitó a definirse con autonomía. Los juristas se les adelantaron allí, y Bizancio fué un Estado-Iglesia, más rígido que la España del siglo XVI, denominada así por don Fernando de los Ríos.

Por fin la Iglesia oriental, después de largas querellas internas, motivadas por los iconoclastas y por el punto teológico de si Cristo poseía dos naturalezas o sólo una como quería el monofisismo,

quedó separada en 1054 como Iglesia griega. Sabido es que la religión rusa y la de los eslavos balkánicos pertenecen a aquella filiación.

La Iglesia tuvo su sistema legal que, en parte, ejerció benefisioso influjo en el Derecho laico. El derecho canónico reguló, con preceptos y sanciones, la vida de la Iglesia. La Sagrada Escritura y la tradición apostólica fueron la base; pero se elaboró además, con las costumbres, los decretos de los Concilios y de los Papas, sobre todo en lo tocante a la jerarquía. Antes de Gregorio VII, aquel derecho estaba en ciernes, resumiendo sus materiales: cánones conciliares, pasajes bíblicos, textos de los Padres de la Iglesia y del Derecho Romano... Esto, por los siglos VI, VII y VIII. En el XI se suscitaron problemas de estatuto personal y de propiedad (matrimonio, contrato...), sobre los cuales los canonistas no ofrecían solución. Había que acudir al Derecho Romano. La necesidad intensificó la elaboración de un corpus legal.

Las relaciones entre los dos poderes dieron tema de debate a los canonistas. A la teoría teocrática, según la cual el Pontífice nombraba y deponía reyes, oponían los civilistas la del absolutismo imperial. Los más equilibrados propugnaban, no la subordinación de un poder al otro, sino la coordinación de ambos. Bolonia, centro de juristas, aceptó esa solución, a partir del siglo XI. El lema fué: **Utraque potestas scilicet apostólica et imperialis, est a Deo, et neutra pendet ex altera.** Al fin, esa doctrina originó los Concordatos. Pero surgieron conflictos sobre la propiedad en el período del feudalismo.

El celo por la ortodoxia frente a herejes y cismáticos, produjo cruzadas contra sectas disidentes, hasta organizarse, en el siglo XIII, los tribunales de la Inquisición. El Derecho canónico prohibió toda relación con los excomulgados. Esto plantea el problema de la intolerancia. No debemos olvidar que estamos refiriéndonos a la Edad Media. Cuando tantos criterios han cambiado, yo diría que una institución tiene el derecho de rechazar de su seno toda creencia que la perturbe, y está bien que impugne credos ajenos, pero no es justo perseguir ni castigar en nombre de las ideas. En buena hora propugnen los ultramontanos la potestad absoluta del

Papa en materias religiosas; no acepten los ortodoxos al latitudinario que admite la salvación fuera del Catolicismo. Pero todo ello por vía de prédica y discusión.

El Derecho canónico limitó los **casus belli.** Condenó la guerra que fuese por represalia o por codicia. Mantuvo la tradición romana de un mundo organizado a base jerárquica. El sacramento por el que la Iglesia influyó más en la sociedad fué el matrimonio, pues adquirió en el Siglo IX el derecho exclusivo de legislación en esa esfera y en cuestiones de adulterio, legitimidad, separación **a mensa et toro,** y hasta en las relaciones económicas de los cónyuges. Sin embargo, el matrimonio se efectuaba con validez sin intervención del sacerdote. Fué así hasta el Concilio de Trento. Por lo tanto, la formalidad del registro matrimonial en los libros parroquiales tampoco se observó hasta fines de la Edad Media.

En el concepto de propiedad, el Derecho canónico influyó mucho. Los canonistas rehicieron los capítulos del Derecho Civil sobre posesión para defender la Iglesia de los despojos que con frecuencia realizaban los señores feudales. En el Derecho clásico, lo general era que el pacto verbal no tuviese eficacia positiva: **Ex nudo pacto actio non oritur.** Los canonistas propendieron a reprimir el pecado y no meramente la ilegalidad, con lo cual la luz ética penetraba el Derecho. En cuanto a delito y pecado, establecieron: **Quod homo nom punit, Deus punit.**

Por otra parte, el Derecho canónico tomó elementos del secular, en los procedimientos penales, por ejemplo. Los tribunales eclesiásticos adoptaron el sistema inquisitorial para juzgar las faltas y escándalos del clero. Aludo, no más, a un mínimo del contenido del **corpus iuris** de la Iglesia. Ni mi conocimiento del asunto ni el tiempo disponible me llevan más lejos. La total elaboración del Derecho eclesiástico, hacia el siglo XI coincidió con el fin del apogeo de la Iglesia. Los cismas, la Reforma, la debilitaron considerablemente. Perdió aliados, y como observa el especialista Le Bras, crecía el poder de los estados nacionales y la autoridad de la Iglesia se reducía a lo espiritual. Los reyes recobraban el dominio de lo temporal y aún invadían la zona eclesiástica. Recuérdese el Patronato real en España, y el Vicepatronato, de él

derivado, que fué prerrogativa de los Virreyes en América, al ser ellos quienes proponían para cubrir los altos cargos de la Iglesia.

La última etapa de este proceso fué la separación de la Iglesia y el Estado y la tolerancia religiosa. No me resigno a omitir un pasaje muy expresivo de una autoridad en estos estudios. "El cuidado de los pobres y de los oprimidos, que era característica del judaísmo, el apego romano al orden y a la autoridad, las concepciones griegas de la Economía política y de la Lógica formal, el escrúpulo de los celtas, evidente sobre todo en su sistema penitenciario, todas estas conquistas de la mente humana enriquecieron el Derecho de la Iglesia. Es la más alta tradición moral de Occidente y de los pueblos del Mediterráneo, recogida y transmitida por el Derecho canónico''.

Reconozcamos también el notorio servicio social de los monasterios medievales, aparte de su finalidad religiosa. La idea monástica es oriental en su origen. Pero en Egipto, Siria, Palestina, Asia Menor, el ascetismo fué contemplativo. No tuvo programas prácticos de vida ni una disciplina colectiva como en las comunidades de Europa. San Benito funda Monte Casino en 529, cerca de Nápoles; en 774 se establece la abadía de Fulda en Alemania; en 910 el monasterio de Cluny en Aquitania; la orden cisterciense en 1099; en 1208 se organiza la franciscana; en 1216 la de los dominicos. Desde luego hubo otras de importancia. Cada fundación se multiplicaba mediante conventos menores diseminados por centenares en Europa. Formulaban votos de pobreza, castidad, obediencia. Colectivamente, algunas órdenes llegaron a poseer cuantiosas riquezas. Ordenes más austeras en punto a pobreza las censuraron. Hoy, historiadores católicos como Schrüner aprueban aquella opulencia, sin la cual, dice, no hubieran prestado grandes servicios a la sociedad.

A veces los monasterios estaban al amparo de grandes señores. El Papa solía eximirlos de la jurisdicción episcopal. Ambas cosas originaron conflictos. Las órdenes fueron el punto de partida de avivamientos religiosos. Su fervor superaba al del clero secular. La orden de Cluny dominó al mundo religioso en los siglos XI y XII. Los monasterios eran, en un aspecto, colonias industriales cristianas. Infundieron la noción del trabajo como deber y como

dignidad, señaladamente los benedictinos. Esto iba contra la idea de que el trabajo es propio de esclavos y contra la finalidad de codicia. Perfeccionaron las labores agrícolas, los oficios del artesanado, la copia de manuscritos. Los calígrafos, iluminadores y miniaturistas eran todos monjes y afinaron las artes del libro anteriores a la imprenta. Si se agrega que multiplicaban las copias de los clásicos de la antigüedad que conoció la Edad Media, se advierte cuánto debemos a los religiosos copistas. Buena parte del clasicismo latino habría desaparecido sin aquel ejercicio silencioso, flor de la vida monástica.

Al dignificar la idea del trabajo, subrayaron el respeto a la vida y a la sociedad. Fomentaron el progreso material: artes industriales, agricultura, intercambio comercial (vinos, lanas, cueros...) Cada fundación benedictina era prácticamente una granja. Intervinieron en la reparación de puentes y en el cuidado de los caminos.

A veces el monasterio era a modo de banco de depósito, albergue de caminantes, escuela, taller. Por otra parte, lugar donde se iba en busca de noticias en tiempos en que las comunicaciones —bien se sabe— apenas existían. Se custodiaban allí manuscritos, se emprendían cultivos, se civilizaban territorios bárbaros. La Historia les debe también, pues merced a las crónicas latinas de los monjes se conoce mucho de los primeros siglos de la Edad Media.

En lo tocante a enseñanza, no es mucha la luz de la Iglesia si nos fijamos en lo que se enseñaba, pero hay que alabarle el haber establecido centros numerosos. El germen fué eclesiástico. Recibieron el saber grecolatino en las compilaciones de Boecio, Casiodoro, Marciano Capella, Alcuino, Isidoro de Sevilla. Los más de éstos eran eclesiásticos. Ni en las ciencias ni en la filosofía hubo estudio directo ni originalidad. Se admitía un legado clásico, que en el caso de la Filosofía, la Iglesia adaptó a sus credos. El programa estaba dado en el trivium (Gramática, Retórica, Dialéctica) y en el Quadrivium (Aritmética, Geometría, Música, Astronomía). Eran las siete artes liberales, que preparaban para la Teología y el Derecho. Especialistas actuales demuestran que no se incluía la Filosofía en esos dos grupos. La tesis se confirma con la iconografía de las catedrales y las miniaturas de la época. En efecto, se

esculpe la Filosofía separada y se le dibuja aparte en los manuscritos. En los mosaicos de la catedral de Ivrea se le representa sentada en medio de las siete artes liberales.

Las universidades surgieron de las escuelas religiosas. De las 44 existentes en 1400, 31 habían recibido el Breve del Papa, y 21 eran fundadas por él exclusivamente. La de París tenía preeminencia en la Teología; la de Bolonia en el Derecho, la de Salermo, que existió desde el siglo XI, en Medicina. Aquellos Studia Generalia (Universitas) eran contemporáneos de maestros y alumnos. No pocas veces estos últimos decidían y mandaban.

¿Qué más? Mucho más, que no cabe en estos límites. Baste recordar que el siglo XIII fué de plenitud en la Edad Media: auge de la filosofía escolástica; controversia de los nominalistas y realistas; escotistas contra tomistas; esplendor universitario, con las limitaciones apuntadas; florecimiento de la arquitectura gótica, que reflejó la concepción cristiana del mundo, con sus esculturas de profetas y de santos que en las catedrales cierran sus filas hieráticas, dormidos en un sueño de piedra; establecimiento formal de la Inquisición, con el Papa Gregorio IX. El gótico perdura como categoría estética; las Universidades cedieron sitio a la reorientación del Renacimiento; la Escolástica, que contenía disidencias en su seno, contribuyó, en parte, al pensamiento moderno; la Inquisición no puede mostrarse como luz. Así para la dignidad humana como para la cultura fué un largo episodio sombrío.

En el recuento, luce la Iglesia emitiendo acá y allá destellos cristianos, no obstante las fallas que no ocultan hoy las más responsables autoridades católicas. A más de propagar la fe, propagó muchos de los medios que organizan la sociedad civil. Y dominando el esbozo de este rápido cuadro, se impone a nuestra atención el latín, que por ser la lengua de la Iglesia, fué el instrumento internacional de la Cultura.

DISCUSION

DR. MAÑACH: El doctor Vitier es siempre un maestro en eso de las respuestas improvisadas que, desde luego, constituyen una de las tareas

más difíciles de la Universidad del Aire. ¿Quisiera usted, doctor du-Bouchet, iniciar la discusión haciéndole alguna pregunta al doctor Vitier?

DR. DU-BOUCHE: Voy a hacer una pregunta más que por otra cosa para darle una oportunidad a que él pueda lucirse mucho más en este programa. Dr. Vitier, ¿podría señalar una o dos de las grandes figuras de la Iglesia cuyo pensamiento influyó más, tanto en la religión como en la política de la Edad Media?

DR. VITIER: Tenemos que fijarnos en San Agustín, que dejó ya un esbozo de filosofía de la Historia en **La Ciudad de Dios**, y, desde luego, en Santo Tomás de Aquino, cuyo pensamiento sintético apenas deja tema fuera de lo que escribe.

DR. MANUEL DE LA MATA: Quiero felicitar al doctor Vitier, porque ya era hora de escuchar en la Universidad del Aire, en lo que se refiere al enfoque del cristianismo, unas palabras tan equilibradas, tan objetivas, tan sinceras y tan carentes, sobre todo, de una predeterminación de carácter dogmático. Muchas gracias, doctor Vitier. Y ahora, ¿me permite una pregunta, en la cual creo que podríamos coincidir totalmente a través de lo que ha dicho? Para mí, las universidades suponen más bien el inicio de la corriente laica de la enseñanza, no una continuación, propiamente, de las escuelas monacales, episcopales, abaciales, que con fines fundamentales teológicos desarrolló la Iglesia, sino que al reconstruirse las ciudades, al ir desapareciendo el régimen feudal, los artesanos de estas ciudades necesitan otra cosa que no es la creencia en el Más Allá, sino una preparación para las industrias, para sus actividades de burgueses, de ciudadanos y no de siervos, como anteriormente. Así, pues, la pregunta es ésta: ¿Cree el doctor Vitier que propiamente las universidades, a pesar de la influencia clerical, suponen propiamente la corriente laica de la enseñanza para satisfacer las necesidades de la burguesía frente a la tendencia anterior de la Iglesia?

DR. VITIER: En realidad las universidades, y en eso usted tiene razón, no se libraron de ese peso eclesiástico hasta los días del Renacimiento.

DR. MANUEL DE LA MATA: No en los días del Renacimiento, aun en el momento actual las universidades no se han librado plenamente de esa influencia dogmática, eclesiástica.

DR. MAÑACH: Yo me siento en el caso de salir un poco a la defensa de las conferencias anteriores, doctor Mata, porque usted las ha acusado de un dogmatismo deliberado. No diré que alguna de ella, algunas de ellas, no hayan reflejado las opiniones, los criterios personales de sus expositores. Esto es inevitable. Pero tendríamos que ponernos de acuerdo sobre lo que significa dogmatismo. En definitiva, dogmatismo significa la afirmación de algo absoluto que no se puede demostrar. Y así como hay un dogmatismo espiritualista y deísta, hay también un dogmatismo materialista y ateo. De manera que, es posible que algunas de las conferencias hayan pecado de dogmatismo de la derecha, como es posible

que algunos de los reparos del doctor Mata hayan pecado de dogmatismo de la izquierda.

DR. MANUEL DE LA MATA: Creo que no es el momento de una defensa frente a esto, pero quiero decirle al doctor Mañach que no ha sido mi intención inculpar a la Universidad del Aire de esta posición, sino sencillamente a los que han hecho uso de sus micrófonos, y en cuanto al dogmatismo mío, el doctor Mañach sabe que brilla por su ausencia, que soy fundamentalmente antidogmático, y si esto es dogmatismo, pues acepto la inculpación del doctor Mañach.

DR. MAÑACH: Me he permitido esta confianza con el doctor Mata, porque lo estamos incorporando al equipo de la Universidad del Aire. Esta semana pasada, precisamente, le invité a dar una conferencia en nuestro curso, con lo cual se demostrará que la Universidad del Aire quiere... equilibrarse en sus dogmatismos.

DR. FRANCISCO PARES: Dr. Vitier, ha citado usted dos grandes exponentes del movimiento intelectual de la Edad Media. Le rogaría unas palabras para insinuar la importancia que tuvo el gran mallorquín Raimundo Lulio.

DR. VITIER: Desde luego, Raimundo Lulio figura entre los escolásticos. Hay en él también un germen de movimiento científico. Dejó unas elaboraciones sumamente extrañas con respecto a la estructura de la lógica. Yo diría que era una mentalidad rarísima, en extremo original, en aquellos tiempos; pero que no tuvo, ni con mucho, el equilibrio de Santo Tomás, por ejemplo.

SR. BLAZQUEZ: Yo solamente quería felicitar al doctor Medardo Vitier, y aprovechar esta oportunidad para recordar a los oyentes y a los presentes en el estudio, que hoy se cumplen dos años aproximadamente de la fundación de la Universidad del Aire. Pediría un aplauso para el doctor Mañach, para el Circuito CMQ, que tan gentilmente ha brindado este espacio con costo para él y sin anuncio alguno, y para todos aquellos que han colaborado espontáneamente en el desenvolvimiento de esta Universidad. **(Aplausos del público)**

DR. MAÑACH: Muchas gracias, muchas gracias por esas manifestaciones. Lo mejor, supongo yo, siempre es absorberse con tanto entusiasmo en las propias tareas que no se dé uno cuenta siquiera de cuando las empezó. Gracias, señor Blázquez por su generoso recuerdo.

●

Gustavo du-Bouchet

Carlomagno y el mundo feudal

LA costumbre de los reyes merovingios de repartir sus dominios entre sus herederos, se mantuvo también en la familia Arnulfinga, y Pipino el Breve, el día anterior a su muerte, dividió el reino de los francos entre sus hijos: Carlos y Carlomán.

Entre los dos hermanos nunca hubo armonía fraternal, al contrario reinó siempre entre ellos una intensa rivalidad, pues Carlomán creía tener un derecho superior a su hermano mayor que había nacido antes del matrimonio de Pipino con Berta, la madre de ambos.

Las disidencias entre los jóvenes reyes estuvieron a punto de llevarlos a la guerra, pero la influencia de la reina madre logró mantenerlo en paz.

Un hecho inesperado, la muerte de Carlomán, restableció la unidad del Reino. Carlos burlando los derechos de su sobrino Pipino, se apoderó de los dominios que le correspondían por herencia y se hizo elegir rey por los francos que habían sido súbditos de su hermano.

Hasta el cuarto año de su gobierno Carlos no había demostrado poseer cualidades sobresalientes, pero a partir de esta fecha, se nos presenta realizando una política destacada en todos los aspectos, principia la más grande de sus empresas militares, sus guerras contra el pueblo sajón que duraron, con algunas interrupciones, treinta y dos años, hasta que los dominó por completo; se apodera del reino lombardo y hace más estrecha su unión con el papado.

La actividad guerrera que desplegó en los cuarenta y seis años de su reinado le hizo realizar cincuenta y dos expediciones mili-

tares, tomando personalmente parte en veinticinco campañas. Sus armas recorrieron victoriosas Italia y la Europa occidental y central. Por sus triunfos la historia le ha otorgado el sobrenombre de Carlomagno.

Incorporó a sus dominios el reino lombardo, la península de Bretaña, la Sajonia, el ducado de Baviera, una parte de España y otros territorios.

Entre todos los estados de origen germano, el reino de los francos era el más extenso y poderoso, y Carlomagno parecía el llamado a restablecer el antiguo Imperio Romano de Occidente.

Este monarca mantuvo siempre una estrecha alianza con Roma, convirtiéndose en protector de los papas contra sus enemigos; pero político hábil, empleó la influencia poderosa de la Iglesia para organizar la administración interior del reino y para robustecer su influencia en los pueblos conquistados.

Al mismo tiempo que utilizaba a los clérigos, favoreció el retorno de la Iglesia a sus condiciones primitivas de orden y religiosidad, velando por la pureza del clero y propiciando la reforma de las instituciones eclesiásticas.

San Benito fué el gran colaborador de Carlos en esta obra, que hizo a las órdenes religiosas volver a una vida dedicada al trabajo y la oración, renaciendo entonces el ansia de saber entre los monjes.

Hay que hacer resaltar el interés de Carlos por el mantenimiento y la propagación de la religión cristiana hasta en países donde no se extendía su autoridad. Esta conducta demuestra su celo religioso y la manera de interpretar su misión de monarca cristiano; el rey y sobre todo el clero que le rodeaba y aconsejaba, procedían ya desde el año 795 como dueños de derecho y de hecho del Occidente. No debe de extrañarnos que después de haber favorecido los intereses de la Iglesia, como ningún otro monarca anterior, fuera coronado Emperador por el Papa, restableciéndose el antiguo Imperio Romano de Occidente.

Carlomagno orientó siempre su política tratando de robuster y unificar su imperio. Para conseguir este propósito reunió en su persona numerosas facultades de gobierno. Deseando cumplir las

múltiples funciones de que estaba investido, el monarca tuvo que mantenerse durante toda su vida en gran actividad.

Organizó su corte introduciendo en ella los principales cargos que existían en el Imperio Romano. Algunas de estas dignidades tenían nombres diferentes a los usados en Roma, pero sus funciones eran idénticas.

Antes de asumir Carlos el poder los dominios francos estaban divididos en ducados. Poseían los duques extensos territorios, disfrutaban de numerosas prerrogativas y se consideraban en cierta forma independientes de la corona. El rey que comprendió el peligro que todo esto entrañaba para el trono, quebrantó el poder de los duques dividiendo los antiguos ducados en condados.

Los condes eran jefes civiles y militares a la vez en sus respectivos distritos. El cargo no era hereditario y el rey podía nombrarlos y destituirlos en cualquier momento.

Al principio de su gobierno los obispos fueron designados libremente por el monarca, pero al final de su reinado y bajo la presidencia de delegados reales, el pueblo y los eclesiásticos de cada diócesis elegían a estos dignatarios.

El deseo de gobernar con justicia determinó en Carlos dar mayor importancia a los **missi dominici** o enviados reales. Regularmente eran dos los nombrados. Inspeccionar los distritos y hacer justicia era la misión principal de estos funcionarios, que cuatro veces al año recorrían el territorio a ellos encomendado.

Entre los méritos que como gobernante también se le atribuyen, figura el haber devuelto todo su prestigio a las asambleas generales de hombres libres, llamados Campos de Mayo. En los primeros tiempos de la dominación de los francos estas asambleas eran soberanas y decidían sobre toda clase de cuestiones, pero ya en esta época estaban convertidas en la práctica en un cuerpo consultivo, en el que se discutían todos los asuntos, pero correspondiendo al rey decidir en última instancia.

Como resultado de los acuerdos de las asambleas generales y disposiciones gubernativas, tenemos las Capitulares, leyes que han recibido este nombre por encontrarse divididas en capítulos.

A pesar del gran renombre de que disfrutaron como cuerpo legal y de la importancia que revistieron en su tiempo, no cons-

tituyen un código científicamente organizado. Bajo el nombre de Capitulares se encuentran leyes votadas para satisfacer las necesidades del momento, leyes antiguas modificadas y puestas de nuevo en vigor; resoluciones de carácter eclesiástico; actas de concilios; decretos sobre casos especiales, etc.

Aunque las Capitulares han llegado a nosotros en forma desordenada, parece que en las primeras Carlos intentó establecer un régimen general de derecho para todo su imperio. Sus propósitos fracasaron debido al carácter tan diferente de sus dominios, a los que agregaba, casi continuamente, nuevos territorios. Comprendiendo la imposibilidad de unificar la legislación, y procediendo como un hábil estadista, Carlos respetó con frecuencia las costumbres y leyes de los diversos pueblos que integraban su Imperio.

Para acrecentar el comercio emprendió la construcción de caminos y puentes. Entre sus planes para abrir nuevas rutas, se señala el proyecto de unir el Rhin y el Danubio, para conectar por una vía fluvial el mar del Norte con el mar Negro.

Las ferias o mercados fueron también objeto de su atención. En Aquisgran y en San Dionisio se celebraban grandes ferias, y el Emperador para evitar la explotación de sus súbditos por los mercaderes, marcaba el precio más alto a que podían ser vendidos los objetos.

En época de Carlomagno hubo un verdadero renacer de la curiosidad intelectual que recibió del emperador un impulso decidido.

La impresión que produjo a Carlos la grandeza de Roma, fué uno de los factores determinantes de su ansia de conocimientos y careciendo en su corte de hombres instruídos, trajo de todas partes eclesiásticos ilustrados para que difundieran su cultura.

Alcuino, monje de York, fué el preceptor favorito de Carlos, tenía a su cargo la instrucción del Emperador, su esposa, hijos y cortesanos. Con razón se puede llamar a Alcuino el maestro del imperio franco, pues sus libros de gramática, retórica y dialéctica, abarcan ya una gran parte de la ciencia profana de aquella época.

El entusiasmo del Emperador por difundir la enseñanza, fué compartido por los obispos y éstos abrieron numerosas escuelas. También se ordenó a los sacerdotes mantener ecuelas gratuitas

para los jóvenes pobres de sus parroquias. Con frecuencia el emperador acudía a estos centros y exhortaba a los jóvenes a estudiar.

Los frailes en sus conventos prestaron entonces un servicio inmenso a las generaciones futuras; su incansable celo en la transcripción de autores paganos y cristianos de la antigüedad romana, legó a la posteridad importantes materiales para el desarrollo de la cultura. Con razón se ha dicho que "el humanismo con todas sus repercusiones sobre la vida espiritual, apenas sería concebible sin la labor de copia y de crítica desarrollada en los siglos VIII y IX, puesto que la inmensa mayoría de las obras clásicas romanas que han llegado a nosotros se conservan gracias a los códices carolingios''.

Entre los hombres notables que Carlos logró mantener a su lado figuraba Pedro de Pisa, sabio que conoció en Pavía, donde este hombre eminente difundía su saber dedicándose a la enseñanza.

Clemente fué un joven monje escocés que junto con Juan Mailors llegó a Francia, ansioso de transmitir la ciencia que había recibido del venerable Beda. Carlos ayudó a ambos, organizándoles escuelas donde se educaron centenares de jóvenes.

Otro sabio importante fué Virgilio, cuyos conocimientos de astronomía eran altamente estimados.

Pablo el Diácono, autor de una Historia Romana, visitó a Carlos, rogándole justicia, con motivo de haber sido perseguido un hermano suyo. El Emperador, entusiasmado por su talento, le hizo permanecer a su lado, otorgándole después una diócesis.

Eginhardo es una de las figuras más interesantes de la época. Como historiador escribió una Vida de Carlomagno, obra a la que hay que acudir cuando se quiere conocer a este Emperador.

El siglo que sigue a la muerte de Carlomagno se caracteriza por la desintegración del imperio franco, la aparición del feudalismo y el nacimiento de los reinos de Francia y Alemania.

El feudalismo es el régimen político, social y económico predominante en la Edad Media; aunque en cada nación tiene, al lado de sus caracteres generales, peculiaridades determinadas.

Es una forma de gobierno en que se mezclan principios de barbarie y de libertad, de disciplina y de independencia. Su esencia

es la unión del vasallo con el señor en relación tan estrecha que parece confundirse con él. La propiedad de la tierra constituye la base fundamental del sistema. Cada propietario es vasallo de un señor, siendo aquél a la vez feudatario de otro señor inferior.

Carlomagno tratando de detener el espíritu de independencia de los señores, mantuvo su jurisdicción en estrechos límites y no les permitió tener bajo su mando varios condados a la vez. Pero los señores aprovechándose de la debilidad de los monarcas que sucedieron a este emperador, reunieron en su persona importantes cargos públicos, se convirtieron en una amenaza para la corona y, por último, impusieron a los reyes su voluntad.

Carlos el Calvo en la asamblea de Kiersy a orillas del Oise, firmó una capitular en que reconocía el derecho a heredar los feudos y los empleos. Más tarde, ese mismo príncipe hizo hereditarias todas las funciones públicas.

Por estas disposiciones los duques, condes y oficiales quedaron convertidos en dueños absolutos de sus dominios, y como el rey no tenía poder para destituirlos se convirtieron en soberanos locales más o menos poderosos.

En esta nueva organización política y social todo quedó sujeto a la condición de feudo. El señor feudal era la persona que tenía autoridad sobre uno o varios feudos. El vasallo el hombre que estaba sometido a su dependencia. La tierra del señor se llamaba feudo dominante; la de su vasallo feudo movedizo.

Cuando la dinastía de los capetos ocupó el trono de Francia, no existían más que veintinueve feudos importantes, pero con el tiempo su número fué aumentando hasta llegar a varios miles.

La sociedad se organizó en un sentido estrictamente jerárquico. El primer lugar estaba ocupado por el Papa, representante de Dios en la tierra; el segundo lugar por el Emperador o Rey; después venían los Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Barones, Caballeros y Escuderos; y por último los Villanos y Siervos de la tierra. Los clérigos formaban una clase especial que disfrutaba de numerosos privilegios.

Por lo regular el dueño de un feudo escogía para fijar su residencia un sitio alto en medio de sus dominios, en donde construía su castillo, con torres redondas o polígonas, coronadas

de almenas. "El feudatario vivía allí como el águila en su nido, aislado de todos los que no estaban bajo su dominio." Hacer cada vez más poderoso su castillo, poseer el mejor caballo y una fuerte armadura son sus anhelos supremos. Vive lleno de confianza en su poder que lo hace invencible para la plebe y no teniendo leyes que limiten su voluntad procede siempre a su antojo. Alrededor del castillo los súbditos del señor habitaban en pobres cabañas, atentos siempre a cumplir la voluntad del déspota y satisfacer sus caprichos.

El señor tenía derecho a obtener ayuda de su vasallo en caso de guerra. Cuando armaba caballero a su primogénito, o casaba a su hija mayor, o se disponía a comprar su equipo para la guerra santa, exigía a su vasallo una contribución especial para sufragar el gasto.

El vasallo estaba obligado a prestar servicio militar a favor del señor; a pagar su rescate cuando éste hubiere sido hecho prisionero en la guerra; y en caso de litigio a presentarse ante su corte y someterse al fallo dictado.

Son tan numerosos los derechos del señor y los deberes del vasallo, que es imposible continuar su enumeración.

Concluiremos diciendo que el señor disfrutaba de privilegios importantes; en cambio, los vasallos estaban sometidos al cumplimiento de una cadena de deberes, algunos tan onerosos, que hacían la vida insoportable.

El odio del pueblo a este régimen despótico, contra el cual no podía rebelarse con éxito, ha llegado a la posteridad a través de cuentos y leyendas sobre señores secuestrados por el diablo y caballeros cuyas almas vagaban en la noche en torno a los sitios en que cometieron sus crímenes; "venganza popular que apelaba a la justicia del cielo cuando no podía invocar la de este mundo".

DISCUSION

DR. MAÑACH: Tal vez quiera, doctor Vitier, iniciar la discusión formulándole alguna pregunta u observación al doctor du-Bouchet.

DR. VITIER: Con mucho gusto, doctor Mañach. Dr. Dubouchet, usted sabe que algunos autores emplean la expresión "renacimiento carolingio" para referirse a ese movimiento intelectual del siglo noveno,

al cual usted en parte se ha referido. ¿Usted cree que, en cuanto a su alcance, sea propia esa expresión de "renacimiento carolingio"?

DR. DU-BOUCHET: Si tomamos, para aceptar o negar el admitir el término, la extensión espacial del movimiento, puede que no debamos admitir la frase "Renacimiento Carolingio". Pero si contemplamos la cuestión desde el punto de vista temporal, nos encontramos que cuatro siglos antes de Carlomagno, no ocurre en Europa un movimiento intelectual de la naturaleza del que sucede cuando este Emperador gobierna en Occidente. Y hasta cuatro siglos después de Carlomagno no vemos otro movimiento intensivo en relación con la cultura. En este aspecto, por lo que significa el hecho del vacío durante los cuatro siglos anteriores, y después durante los cuatro siglos posteriores, puede admitirse el uso de "renacimiento carolingio".

DR. MAÑACH: Dr. Dubouchet, se ha afirmado que en España no hubo feudalismo, ¿usted está de acuerdo con esa tesis? Y si lo está, ¿quisiera explicar por qué no lo hubo?

DR. DU-BOUCHET: El feudalismo se presentó con caracteres generales, pero en cada una de las naciones de Europa tuvo sus peculiaridades. En Francia, el feudalismo tiene su centro, tiene su cuna; surge a consecuencia de lo que señalamos en la conferencia: la debilidad principalmente de los reyes carolingios, pero surge también a consecuencia de las grandes invasiones normandas, hecho que hay que tener muy en cuenta en la aparición del feudalismo. Desde Francia se extendió hacia otras naciones de Europa. En España hay también un feudalismo; pero no un feudalismo del tipo de Francia, de Inglaterra, y de la parte meridional de Alemania. Y es que en España, la lucha por la reconquista produce una serie de circunstancias muy diferentes. Allí probablemente no hubieran podido existir, en las marcas o lugares fronterizos, grandes señores que trataran de independizarse del Rey, teniendo el peligro de los territorios musulmanes muy cerca de ellos, desde los cuales iban a ser atacados. Es decir, que el fenómeno de la invasión musulmana, que se origina ya en el 711 para durar siete siglos, es el que produce en España una serie de modificaciones en las instituciones feudales; habiendo muchas instituciones de tipo feudal, en España no hay un feudalismo como el que existió en Francia o en Inglaterra. A veces encontramos que, al igual que en Francia, algunos nobles españoles se levantan en armas contra sus soberanos, luchan contra ellos, pero nunca en la forma, por ejemplo, en que lo hicieron los últimos grandes señores feudales de Francia, aquel Carlos el Temerario, aquel Duque de Nemours, el Condestable de Saint Paul, el Duque de Almagnac, el Duque de Viena, que llegaron a formar la Liga del Bien Público contra Luis XI.

DR. MAÑACH: Entonces, doctor, cuando el autor del Cantar del Mio Cid, refiriéndose al Cid, dice: "¡Oh, qué buen vasallo, si tuviera buen señor!", ese vasallaje y ese señorío no se han de entender en el sentido feudal, según su respuesta.

DR. DU-BOUCHET: Bueno, no, no, yo no quiero decir que no se entienda ese vasallaje en el sentido feudal, exactamente. Hay un feudalismo en España, no cabe duda. Pero es un feudalismo que se presenta con caracteres muy diferentes, en muchos sentidos, del de Francia; y decimos que la diferenciación se produce a consecuencia de que tanto Castilla como Aragón, y antes de Castilla y Aragón, Asturias y León, ven embargadas su atención con las guerras llamadas de la reconquista. En un medio completamente distinto, no pudo producirse un feudalismo de tipo igual al surgido en Francia.

DR. BEGUEZ CESAR: Ahondando un poco en la sugestiva pregunta del doctor Vitier, doctor du-Bouchet, ¿qué entiende usted por el primer renacimiento? ¿Cree usted que el Imperio Bizantino de Occidente puede considerarse como tal?

DR. DU-BOUCHET: Me hace el favor de repetir la pregunta que no oigo bien.

DR. BEGUEZ CESAR: Abundando un poco en la sugestiva pregunta del doctor Vitier, ¿qué entiende usted por el primer renacimiento? ¿Puede considerarse el primer renacimiento, el Imperio Bizantino de Occidente?

DR. DU-BOUCHET: Bueno, yo quisiera aclarar si lo que me está preguntando es si se puede entender por renacimiento, por primer renacimiento, el del Imperio Bizantino de Occidente. Yo quisiera que me aclarara más la pregunta, porque yo conozco el Imperio Bizantino de Oriente, pero no conozco el Imperio Bizantino de Occidente.

DR. BEGUEZ CESAR: Pues yo se la voy a aclarar.

DR. DU-BOUCHET: Pero si se quiere entender, bajo la denominación de Imperio Bizantino, el gobierno de los delegados del Emperador de Oriente, que con el nombre de Exarcas, gobernaban desde Ravena, y cuando el Exarca de la Pentápolis, ya fueron incorporadas a los dominios de la Santa Sede relegaron entonces su autoridad a la parte sur de Italia, o sea a la península, a la parte meridional de la península Apenina, a una parte de Sicilia, con ciertos gobiernos en el norte africano e incluso con ciertas posesiones también en la costa mediterránea española; si queremos admitir con eso también como la existencia de una autoridad del Imperio Bizantino sobre esas regiones, podemos entender el término...

DR. BEGUEZ CESAR: Las invasiones bárbaras, es lo que ciertos autores denominan el Imperio Bizantino de Occidente. Toda esa parte que, a que usted ha hecho referencia; las invasiones de España, los godos, los ostrogodos, los visigodos, de que tanto se habló aquí en la conferencia anterior. Por eso yo le preguntaba, ¿puede considerarse esa parte como un primer renacimiento? ¿Acaso no hubo allí cultura?

DR. DU-BOUCHET: ¿Podríamos dividir en secciones la pregunta?

DR. BEGUEZ CESAR: En todas las que usted quiera, con tal de que se conteste,

DR. DU-BOUCHET: La pregunta que se me hace es en relación con que si se debe admitir como un primer renacimiento la época de Carlomagno.

DR. BEGUEZ CESAR: No. La de las invasiones bárbaras, o sea si el Imperio Bizantino de Occidente que es como comunmente se conoce...

DR. DU-BOUCHET: ¿Si las invasiones bárbaras pueden estimarse como un primer renacimiento...? Sí, concretamente. Todo dependerá del enfoque que se quiera darle a la cuestión. Puede que algunos exagerados mantenedores de la influencia germanista consideren que en el decadente Imperio Romano de Occidente las grandes invasiones germánicas representaron una inyección tanto en el sentido racial, como en el aspecto de la cultura. Todo dependerá de la posición que quiera adoptarse en relación con el asunto. Pero en general, se ha estimado, y se estima, que las grandes invasiones germánicas, en el instante en que ocurren, producen un retroceso en la cultura. Lo que sucede es, después, que este aporte germánico combinado con el aporte de la civilización grecoromana, produce una magnífica fusión de elementos que contribuyen en muchos sentidos a que surjan nuevos Estados que dejan sentir después su influencia y son normas o guías durante la Edad Media.

SR. RAUL MORALES: Doctor, ¿en qué forma se libraron los vasallos de la injusticia que representaban los señores feudales o el feudalismo?

DR. DU-BOUCHET: Era muy difícil librarse de la injusticia de los señores feudales. En la época en que el feudalismo estuvo en su apogeo, no había manera de librarse más que por medio de una insurrección, pero como la gente pobre, los villanos y los siervos, no tenían armas, lo más que podían conseguir era herir o matar algunos de los servidores del señor o a él mismo, pero inmediatamente eran acuchillados por las mesnadas que salían del castillo cubiertas de hierro y con magníficas armas. El siervo y el villano, van logrando disminuir la tiranía del señor cuando los Estados nacionales comienzan a crearse, cuando prefieren convertirse en súbditos del rey y no súbditos del señor, y cuando los reyes entablan una lucha a muerte contra la nobleza feudal y se crean las monarquías absolutas. A pesar de la creación de las monarquías absolutas, en muchas partes de Europa, Francia, España, incluso en la misma Inglaterra, donde la tierra continuó siendo feudal hasta el siglo XIX, se conservaron muchas de las trabas enormes que recaían sobre los siervos y sobre los villanos. En Francia terminó todo aquello en 1789 en que ocurre la Revolución.

DR. MANUEL DE LA MATA: Yo he estado pensando que Carlomagno, realmente, más que preocupado por elevar la cultura, tenía una preocupación por lograr algún beneficio de la Iglesia, y por eso favoreció a los clérigos preferentemente; y por otra parte tenía una preferencia política por crear elementos secundarios sobre los cuales basar su obra de gobierno. Me fundo en el hecho de que si hubiera querido realmente

elevar el nivel cultural a través de la marca de España, hubiera entablado relaciones culturales con los árabes, que durante la Edad Media pueden considerarse como la lumbrera más destacada de la cultura. Es decir, que había un cierto sentido fanático, político, religioso, más que cultural, creo yo.

DR. DU-BOUCHET: Bueno, yo creo que el argumento es magnífico, pero sería mucho pedir que en el siglo VIII y en el siglo IX, Carlomagno, un monarca eminentemente cristiano, se uniera a los musulmanes de España para buscar en ellos un poco de cultura dentro de sus estados.

●

XVI

Francisco Parés

Mahoma, voz del desierto

VEINTE de septiembre de 622: dos hombres caminan por el desierto de Arabia bajo una enorme luna llena. Van de Makka a Yatrib, remontando la costa del mar Rojo. La noche está encinta de una nueva historia. Al norte, Heraclio de Bizancio cavila imperios universales. Más lejos, en las Galias, los Intendentes de Palacio sueñan en la resurrección del imperio romano. Ignoran la existencia de los dos peregrinos de Arabia: la ignorancia será funesta, porque los dos peregrinos son los nuncios de una nueva alma cultural que se interpondrá entre oriente y occidente, como un trazo de unión, pero también como un paréntesis terrible. El signo de la Cruz empieza a proyectarse hacia el Atlántico, pero el paréntesis de la Media Luna, llevada por las olas del Mare Nostrum, impedirá durante siglos que los dos brazos de la Cruz fecunden simultáneamente los dos extremos del mundo greco-romano. Uno de los dos peregrinos —el otro se llama Abu Bakr— es un profeta epiléptico, lleva en sí un dios implacable y cuenta con el tesoro de un pueblo intacto.

Abu el-Qasim Muhamed ben Abd Allah ben Abd al-Mutallab ben Hassam, camellero del desierto: Mahoma para la historia. Hace muchos años que surca la península arábiga de norte a sur. Ha visto, más allá del Eufrates, un universo en quiebra por exceso de dioses, de herejías, de debates y de molicies. Ha visto en el sur yemenita, rico y muelle, hombres sin fe, dispuestos a aceptar el mandato del primer llegado. Pero también ha visto, entre el Eufrates y la planicie del Hedjaz, el prodigio de una raza —de su raza— en la que el nervio de acero parece esperar la orden de "levántate y anda". Ha contemplado en el desierto

un bosque de tiendas y junto a la puerta de cada tienda, una lanza clavada en la arena. Y ha comprendido confusamente que el hombre que pudiera reunir en un solo haz combatiente el bosque de lanzas, será el dueño del mundo. Mahoma se declara profeta de un dios guerrero, porque se ha sentido antes profeta de su raza.

Apasionante problema, el que plantea el advenimiento de Mahoma: porque la cabalgata arábiga, ¿es consecuencia de la invención de un dios guerrero, o la invención de este dios es consecuencia de una apetencia de dominio, interiorizada en la raza arábiga? Desde luego, la respuesta más fácil, es la siguiente: se produce la invención de aquel dios, porque existe esta apetencia, pero esta apetencia cobra estilo y vuelo, porque descansa en la invención de aquel dios. Mahoma, en todo caso, es el genio en quien se anticipa la conciencia de las posibilidades guerreras del pueblo árabe y en quien el pueblo árabe confía la formación de su unidad espiritual. Sin espíritu no hay historia, pero sin historia, el espíritu queda indeterminado. La misión de Mahoma, en consecuencia, es dual: en primer lugar, producir el acercamiento del espíritu del desierto, en segundo, lanzar el espíritu en voleo por encima de las fronteras de Arabia.

La noche del 20 de septiembre del 622 es el momento decisivo en la vida de Mahoma y en la historia del pueblo árabe. Es la noche de la "al-higra", es decir, la noche de la emigración. Mahoma abandona la ciudad de los cobardes, Makka, y busca en secreto la ciudad de los valientes Yatrib. Ha sido, hasta este momento, el fomento de la mística arábiga. En adelante será la voluntad que armará la levadura mística e impondrá la disciplina de dios. El profeta de Allah queda atrás: aparece el profeta de la voluntad imperial de Allah. Todos los símbolos coinciden: Yatrib se lamará en adelante al-Madina, "ciudad de elección", porque en Yatrib hay un ejército. Makka, con su Kleba y su Piedra Negra, quedará reducida a punto de referencia espiritual, imán de peregrinaje ritual, porque en Makka no existe la voluntad de acero que Mahoma exige. Al llegar a al-Madina, el profeta ciñe por primera vez la espada, erige la voluntad de lucha por encima de la voluntad de fe. El desierto se prepara para saltar

sobre las ruinas occidentales del imperio romano, dominadas por los primeros reyes bárbaros.

•

¿De qué manera tiene Mahoma, diez años antes de la héjira, la premonición de su destino de iluminado y la premonición de los destinos imperiales de su raza? La leyenda es bella y simple. Es en el monte Hara —los dioses gustan de manifestarse en escenarios elevados— durante la Noche del Secreto Divino. Mahoma dormita en el fondo de una gruta. El arcángel Gabriel aparece entre estallidos de luz. Una gran voz ordena desde el infinito: ¡Lee! Y Mahoma lee la orden de dios, escrita en pergaminos celestiales. Una orden encantadora y sencilla: "Sólo hay un dios que es Allah y tú eres el último y más grande de sus profetas". La voz es de Gabriel, pero la escritura es de dios. Una nueva —y última— religión revelada acaba de constituirse de golpe: se llamará Islam. Nunca un parto divino fué más fácil: ni mártires previos, ni imágenes que banalizan la divinidad, ni sacrificios mágicos que reducen la grandiosidad del ser supremo. Sólo hay un dios y un aprendiz de demiurgo que tiembla en el fondo de la cueva. Cuando Mahoma se pone en pie, no duda en cuanto al sentido de la revelación: quemar los ídolos, dar una común conciencia a su pueblo y capitanear las huestes de Allah. Quede para la prosaica crítica histórica despejar la incógnita de cómo la escritura de dios pudo ser leída por un analfabeto. La palabra divina se llamará al-Quran, que en árabe significa "lectura".

Durante diez años, en Makka, su ciudad natal, Mahoma predica humildemente la verdad de Allah. Son los diez años miserables del profeta. Recibe humillaciones y burlas, pero también sigue recibiendo revelaciones celestiales. En estos diez años oscuros y sin gloria, el profeta establece la base dogmática de la nueva religión. En este punto conviene preguntar: ¿nueva? Porque, en realidad, en sus datos constituyentes, la religión estrenada en el monte Hara no es original: este único dios es el mismo Yahvé de Israel, el mismo dios de Cristo, cuya existencia Mahoma ha descubierto en sus viajes a Palestina y a Siria. La idea de la no

divinidad del profeta se insinúa en las diez sectas cristianas directamente en contacto con el mundo arábigo: arrianos, monofisitas, nestorianos, nazarenos, ebionitas... En una palabra, los elementos básicos del islam son judeo-cristianos. Sin embargo, estos elementos se transforman en algo netamente inédito en manos de Mahoma. Lo verdaderamente original, en el profeta, es la simplificación a rajatabla que decreta: eliminación de todo aquello que, en la conciencia de los hombres, pueda originar interpretaciones disímiles y en consecuencia, astillar la pétrea unidad del ámbito espiritual. Allah y sólo Allah: supresión de la trinidad, de la figura de la Virgen, de la divinidad compartida por el vicario de dios. En esta simplificación reside la fuerza del islam, la garantía de su permanencia y la razón de su fulminante victoria sobre la ensaladilla de sectas agotadas por debates teológicos. En una palabra, construye un edificio de intenciones a base de elementos ajenos. Pero indudablemente original, indudablemente árabe: de otra manera no tendría sentido el vuelco islámico a través del mundo.

El secreto de Mahoma consiste en haber convertido un cúmulo de viejas religiones de emoción y de sentimiento en una nueva religión de voluntades.

He ahí la primera característica esencial del islam: esperanza de vida celestial, pero también, apetencia de vida terrenal. Para el cristianismo, la vida no es nada, puesto que la verdadera vida empieza más allá de la vida. Para el islam, la vida terrenal es un prólogo, más allá del cual aguarda la vida plena, pero un prólogo, a pesar de todo, digno de ser vivido intensamente, no sólo con el alma, sino también con el cuerpo. Es más: el cielo prometido a los creyentes —islam significa creyente en un dios único— no es aquella bienaventuranza inenarrable del cristianismo, sino una copia idealizada de la vida terrenal. El cielo ni siquiera se llama cielo, sino paraíso. Un paraíso concebido básicamente en función de sensualismos y satisfacciones: en sus siete cuevas varía el grado de felicidad, pero en todas ellas la felicidad estriba en el disfrute de huríes de carne y hueso, y miel y poesía, dominio y éxtasis, un patriarca bonachón a la derecha y un esclavo complaciente a la izquierda.

El esclavo prometido por Allah en el paraíso se llama infiel en la tierra. El islam divide el mundo, de entrada, en dos categorías: el creyente y el infiel. Pero Allah es generoso y ordena al creyente rescatar al infiel de su idolatría, aunque para ello sea preciso colocarle la espada en la garganta. En esta orden imperial de Allah —y éste es el segundo factor característico del islam— descansa el germen de la expansión arábiga. El islam es una orden divina dada al árabe, en el sentido de que el árabe está obligado —y obligado realmente, por encima de sus propios sentimientos— a conquistar el mundo para sí mismo y para Allah. Los primeros discípulos de Mahoma recibieron el nombre de "espada de dios". El Corán es taxativo: si el infiel abraza la verdadera fe, respeta su vida y su hacienda. Si se somete a los capitanes de Allah, pero no abraza la fe, hazle pagar tributo. Si se resiste, mátale en nombre de dios, apodérate de su hacienda y de su mujer. El islam, en consecuencia, equivale al resorte que moviliza la yacencia guerrera de una raza milenaria. Las fuerzas reprimidas del desierto aguardaban la bandera justificativa de una conciencia y de una fe. Allah es la fe y Mahoma la conciencia.

Sería injusto creer, sin embargo, que la ética islámica es convencional. Al contrario, es una ética rigurosa, castigada, implacable. Pero se limita en sus códigos humanos a la órbita interior del mundo islámico. Su ordenación es simple: trata a los demás como quisieras que los demás te traten. Pero por los demás, debe entenderse exclusivamente a los tocados por la gracia de dios y, en todo caso, a los sometidos de buen grado. Los idólatras están fuera de toda ordenación moral, puesto que son insultos vivientes a la grandeza de Allah. Consecuencia y tercera característica del islam: en la misión de conquista de hombres y pueblos, los medios quedan subrogados a los fines. Sólo hay un fin, puesto que sólo hay un dios: colocar el mundo a los pies de este dios. Para conseguirlo, los procedimientos no importan: el juramento hecho al infiel no tiene fuerza de obligar. El mismo Mahoma no vacila en quebrar la tregua de los días sagrados, no vacila en emplear la mentira, el engaño e incluso —dicen algunos— la traición. Desde lo alto, Allah lo perdona todo, siempre y cuando se trate de destruir al infiel. Más tarde, esta férrea eclosión inicial se dulcificará

profundamente, en méritos de dos virtudes naturales en el pueblo de Mahoma: su tendencia instintiva hacia la generosidad y su admiración excesiva del gesto grandilocuente. Pero esto será más tarde. En las primeras batallas del islam, el árabe se produce con aquella grandiosidad primitiva del que se sabe absuelto de toda violencia en nombre de dios.

Religión de apetencias, justificación de conductas terrenales. Dado el lugar donde se produce el amenecer islámico, no puede ser de otra manera. El paisaje arábigo no permite sentimientos femeninos. Una enorme superficie circular, plana y yerma. En el centro, la meseta tórrida. Ausencia de ríos. De vez en cuando, estribaciones pétreas, en complemento del desierto. Piedra y arena, he ahí los dos elementos primordiales. El paisaje determina la vida de todos los días: constante caminar en demanda de pastos verdes, de sombra y de agua. El árabe es nómada, porque su suelo natal no le ofrece un lugar propicio al establecimiento permanente de su morada. El árabe, fundamentalmente, es el hombre sin casa. El dios que va a darse —y aquí se llega a la penúltima característica del islam— sólo puede ser concebido como una divinidad que le brinde una venganza de orden geográfico. En torno de Arabia se extienden las llanuras palestínicas, sirias y persas, como una invitación. Al sur, el delta del Nilo, como una promesa. Confusamente siente el árabe que en la distribución de tierras se le ha acorralado entre el Rojo y el Pérsico y que en el acorralamiento pesa una injusticia fabulosa.

El dios que Mahoma le brinda, en consecuencia, es un dios activo, exigente creador y señor de la naturaleza. Es el desierto, en última instancia, lo que engendra a Allah, y lo engendra a su imagen y semejanza. Es natural que Allah, agradecido, ofrezca al árabe un paraíso en la tierra. Ahora bien: este paraíso hay que buscarlo con la punta de la lanza. Si se perece en la batalla, no importa: estaba escrito. Todo está escrito, todo está predeterminado: todo es Maktub. Y por encima de todo, está escrito que el desierto se vengará del mundo entero, imponiéndole su ley. Es la esencia del islam —y se llega a la característica última— el árabe vuelca el fatalismo de su raza, y en este fatalismo reside la razón de la gesta heroica. Se es heroico porque no se puede

ser otra cosa: puesto que todo está escrito, la muerte ocurrirá en el mismo lugar y en la misma hora, aunque se rehuya la muerte, aunque se sea cobarde.

En frase descriptiva podría decirse que el islam es un cristianismo simplificado y banalizado, que exalta la voluntad del árabe hasta determinar vuelcos históricos gigantescos, y que esta voluntad se orienta hacia la expansión político-cultural por razones de presión geográfica. Estimado el islamismo de esta manera, no hay duda que Allah es un verdadero dios de la historia y que Mahoma es un verdadero revolucionario universal.

●

En la madrugada del 21 de septiembre de 622 Mahoma, acompañado de Abu Bakr, su discípulo y primer Califa, llega a al-Madina. Han pasado diez años desde el día que leyera, por primera vez, la escritura de dios. Diez años después de su llegada a la ciudad de los valientes, Mahoma muere. Pero en estos últimos diez años, Mahoma conduce a la victoria a las huestes de Allah. Sus cansados ojos de demiurgo no podrán contemplar la expansión islámica más allá de las fronteras de Arabia, pero sí contemplar la unificación de la miscelánea tribal en ejército fanatizado. Antes de cruzar el umbral del séptimo cielo, Mahoma dicta sus tres últimas órdenes, resumen y jerarquización de la misión islámica: expulsar de Arabia a todos los idólatras, igualdad de derechos en favor de todos los creyentes, y obligación de diarias plegarias con el rostro vuelto a Makka. Tres órdenes que equivalen, a juicio de Abu al-Fada, su más correcto historiador, a lo siguiente: guerra santa al infiel, conveniencia de extender el islamismo por la persuasión, una vez la espada concluya la misión redentora inicial, y necesidad de mantener intacta en el alma árabe la inviolable voluntad de dios, como trasfondo de la gesta conquistadora. De las tres órdenes de Mahoma sólo la tercera tiene permanencia histórica. El islam lo devora todo: Siria, Palestina, Persia, La India, parte de China. Por el otro extremo del mundo, Egipto, la costa africana, España, Aquitania, Languedoc, Borgoña. El Mediterráneo es un mar mahometano. La voluntad del desierto se extiende sobre el desierto del mar, como

una continuación simbólica: veleros en lugar de camellos. Lo devora todo, pero una vez agotada la expansión cultural, no puede evitar ser devorado, a su vez. Falta en el islam aquella grandeza interior que sólo es patrimonio de las religiones creadoras en su fondo espiritual. La lengua árabe se extiende al compás del islam. Pero los sabios que escriben en árabe ya no son árabes, sino judíos, africanos, españoles, sirios. Corresponde al doctor Fernández Mato el apasionante y bello tema que relata el puente islámico que se tiende de oriente a occidente. La presente lección está limitada al artífice de la eclosión islámica. Simpática silueta, la de Mahoma, último gran profeta y hombre de bien, por momentos humorista, por momentos genial. ¿En qué consiste su humana arcilla constructora de imperios?

¿Cuál es el enigma de Mahoma? Quizá, en el fondo, el enigma estriba en no haber querido ser igual a dios. Pudo haberse recetado una condición divina, pero se quedó en simple profeta. Lección suprema de humildad. Plantó su silueta de camellero entre los camelleros, abarcó con una mirada la extensión desértica y decretó que los hombres son susceptibles de forjar sus propios destinos, con la sola ayuda de la esperanza. En alas de esta esperanza, el árabe se derrama por tres continentes con la subitaneidad del rayo. ¿En qué medida el rayo islámico se debe a la persona de Mahoma? Los misterios de la historia se resuelven, a veces, gracias al desplazamiento de los términos: Mahoma debe su hazaña personal a su raza y a su tierra, porque en su tierra y en su raza se contienen, en la noche del 20 de septiembre de 622, la máxima potencialidad histórica virgen que existe entre el Atlántico y el Indico, entre Bizancio y el Africa materna.

La obra de Mahoma, salvando aconteceres externos, perdura hasta hoy. De las tres órdenes de Mahoma en su lecho de muerte, las dos primeras han quedado sin sentido. La tercera, en cambio, es la práctica religiosa más rígidamente conservada en la historia de todas las religiones. Todos los días, tres veces al día, millones y millones de seres se postran cara a la Kleba, desde el Mar de la China hasta las profundidades del Senegal, mientras el muezzin repite melancólicamente la sura del profeta que ensalza la grandeza de Allah. Aquel relampagueante mandato divino dado a

Mahoma una noche en el monte Hara sigue ejerciendo su llamada extraña y exigente: el islam es la única religión, en el mundo entero, que aumenta el número de sus adeptos.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Vamos a iniciar el diálogo entre españoles. Dos españoles que Cuba ya se ha cogido para sí y no quisiera perdérselos. Señor Fernández Mato, ¿quisiera usted hacerle alguna pregunta u observación al doctor Parés, en relación con su conferencia?

LIC. FERNANDEZ MATO: En relación a su conferencia no se me ocurre nada, porque es tan completa que no me ha quedado ninguna sombra. En cuanto a adquirir un nuevo convencimiento, yo quería preguntarle al señor Parés, ¿qué ha quedado en orden a la religión árabe en España?, no en orden a lo ritual, sino a la creencia de el mahometismo.

DR. PARES: Nada. En España precisamente no queda nada, puesto que la reconquista termina por completo el ciclo histórico del Islam. Pero, al hablar yo de que es una religión que sigue extendiendo sus adeptos, no pensaba en España, sino en la órbita periférica de lo que fué en la antigua Arabia y la primera expansión en el siglo primero. Hoy el Islam, según una estadística británica de allá por el año 36 o 37 (no recuerdo bien), afirma que es la única religión que sigue extendiendo sus adeptos; desde luego, no en Europa, no en Occidente, sino en Asia, hasta el extremo que el número de hindúes disminuye en una proporción de un diez a un doce por ciento anualmente, que acrece la órbita islámica. Y en la China ocurre lo mismo, y en la Indonesia y en las demás regiones del Pacífico.

DR. MAÑACH: ¿En qué medida, doctor Parés, los elementos cristianos influyeron en la elaboración inicial del dogma islámico?

DR. PARES: Indudablemente, el Islam es una religión que está decalcada en la religión cristiana, pero no en el cristianismo dogmático ortodoxo, sino en la ensaladilla de sectas y religiones que pululan por el Imperio Bizantino y por el Imperio Persa en aquellos momentos. Dos son las sectas que determinan el nacimiento del Islam, de manera más inmediata. Una de ellas es la secta de los ebionitas. Como usted sabe, los ebionitas niegan la naturaleza divina de Cristo. Es decir, creen que Cristo es simplemente un Profeta, y al mismo tiempo afirman que el Espíritu Santo no es Dios. En esa negación de la naturaleza divina de Cristo, del Profeta, y en la negación del dogma de la Trinidad, se encuentra implícito, desde luego, el islamismo. Ahora bien, Mahoma, en todos sus viajes al Norte, estuvo en contacto directamente con las sectas religiosas derivadas del judaísmo y del Cristianismo. A pesar de que en

los últimos años de su existencia se manifestó de una manera sanguinaria contra los judíos y contra los cristianos, es indudable que la esencia del islamismo, como yo digo en la lección, es un cristianismo simplificado y banalizado. No sólo en cuanto a la idea del Dios único, sino en todo aquello que viene a ser el contorno dogmático del Islam. La predestinación, desde luego, en el sentido de Santo Tomás de Aquino, un sentido mucho más sencillo, mucho más elemental; el premio después de la muerte, etc., etc. Además de que los dogmas fundamentales del Islam se recogen a través del Cristianismo por los ebionitas y los nestorianos.

DR. MAÑACH: Muchas gracias, doctor Parés. Preguntas del público.

SR. ARNALDO MACHIN: Doctor, ¿usted no cree que Mahoma, en lugar de ser un Profeta, el último gran Profeta, era un farsante?

DR. PARES: Bueno, la pregunta es muy interesante, porque precisamente todos los historiadores se la han hecho. No hay historiador desde Washington Irving, que tiene una vida de Mahoma muy deliciosa, hasta los últimos historiadores, que ya enfocan el hecho mahometano desde un punto de vista rigurosamente sociológico que en un momento u otro no se haya preguntado: ¿era un farsante? Desde luego, hay un hecho concreto. Mahoma, en su vida privada, en su vida particular, no como Profeta, sino como hombre, es un ser equívoco: dicta unas normas de conducta, pero él no se las aplica a sí mismo; limita el número de esposas, por ejemplo, que puede tener el buen creyente, pero inmediatamente tiene una revelación y Dios le dice que esta regla, esta limitación no cuenta con el Profeta. Llega incluso a proscribir de una manera categórica el concubinato, pero se enamora de una esclava rubia, llamada María, con la cual no se puede casar por cuestiones de religión, y tiene la oportuna revelación inmediata de que el Profeta puede tener una concubina. En su vida particular hay una serie de detalles, de hechos, que podrían insinuar la creencia de que Mahoma es un poco lo que usted dice. Pero, por otra parte, Mahoma, no percibió nunca ventajas personales, ni tuvo apetencia directa de poder. Fué un iluminado. Hoy tal vez, en términos científicos, los cuales yo desconozco, se podía decir que era un epiléptico, es decir, un hombre que lleva una idea fija, y esa idea fija da la casualidad que es la apetencia histórica en toda su raza y todo su pueblo, y él el instrumento del destino que transforma esa apetencia en misión histórica. Recuerden ustedes una frase extraordinaria —no es mía, desde luego—: "Los pueblos transforman su pecado en misión".

DR. MANUEL DE LA MATA: Amigo Parés, muchas felicidades por su conferencia que ha sido, como era de esperar, magnífica, y ahora una pregunta: ¿Piensa usted que el desconocimiento que hay en España de la influencia cultural del pueblo árabe se debe a que este pueblo era menos fanático, menos intransigente, más tolerante que los que reconquistaron a España e impusieron su predominio político?

DR. PARES: La pregunta es muy interesante. Vamos a dividirla en dos partes. En primer lugar, no hay ignorancia del islamismo en España, puesto que los Congresos Islámicos Guaramistas se celebran precisamente en Sevilla, y es el punto de atracción de la ciencia musulmana, podríamos decir; aunque, desde luego, también admito el hecho de que, de una manera general, las glorias del Islam y la trayectoria del Islam son desconocidas en el sentido de que han dejado de ser una vivencia histórica en España. En cuanto a lo segundo, el doctor Mata tiene que partir de la siguiente idea: la reconquista cristiana necesariamente tuvo que ser muy exigente, férrea, puesto que de no existir un fermento que lance al hombre al combate, no hay combate, no hay posibilidades de reconquista. La reconquista se produce a los ocho siglos de dominio islámico, es decir, en un momento en que el Islam deja de ser ya un fermento cultural. En cuanto a la intolerancia de los árabes, lo que el doctor Mata dice es indudablemente una gran verdad. El árabe, en los primeros tiempos se manifiesta de una manera muy férrea, es decir, de una manera tajante. El alfanje es el gran instrumento de la propagación de la fe. Pero inmediatamente después de asentada la conquista, se convierte en un ser muy benévolo, que admite incluso la permanencia de sectas y de religiones concordantemente con su dominación islámica. Sin embargo, es también una gran verdad que en todos los momentos en que un reino árabe o un enclave islámico empieza a vacilar se convierte automáticamente en el viejo islamismo primitivo. Es decir, vuelve a coger el alfanje como instrumento de defensa.

DR. MANUEL DE LA MATA: Muchas gracias. ¿Me permite una aclaración brevísima? Yo pensaba sencillamente que el mozárabe que convive con el árabe, merece mucho más respeto por parte de los árabes que el mudójar que se queda a convivir con los cristianos. Por eso precisamente señalaba, no preguntaba, de las dos religiones era más tolerante en este sentido.

DR. PARES: Le voy a dar un dato que confirma su tesis. A partir del siglo V de la égida, es decir, cinco siglos después de la conquista de España, aproximadamente, puede decirse que en el mundo occidental la única manifestación de tolerancia es la arábiga, y la prueba es que uno de los grandes filósofos (grande o relativamente grande) que determina el renacimiento posterior (o si no lo determina, por lo menos lo condiciona mediante sus obras) Raimundo Lulio, puede ser estimado como el primer occidental que en su obra filosófica está empapado de liberalismo de tipo religioso, de tipo espiritual.

SR. ROBERTO SIMEON: Dr. Parés, ¿considera usted con significación política el que Asia se esté convirtiendo al islamismo? En ese caso, ¿qué importancia usted le da a este hecho?

DR. PARES: Es una pregunta que ya pertenece al presente y no tendría que contestarla, pero con la venia del Director... La conver-

sión de Asia al islamismo, en primer lugar, no es una verdad histórica. El islamismo es una de las pocas religiones existentes que se extiende, y se extiende por el perímetro asiático. Ahora bien, la importancia internacional, si quiere usted decisiva, de este movimiento islámico, se debe a que el Islam es el cuerpo histórico que, desde Mahoma, se encuentra situado precisamente en las puertas de Asia anterior; es decir, que es el puente de unión entre Oriente y Occidente, y en el caso de que el Islam se abanderara definitivamente en un nacionalismo de tipo panasiático, indudablemente la balanza de fuerzas universales se inclinaría hacia Oriente.

SRTA. MERCEDES GARRIDO Y MARAÑON: Doctor, usted dice, o dijo, que el islamismo era más bien un cristianismo simplificado. Ahora bien, ¿podría compararse la doctrina propugnada por Mahoma con la doctrina propugnada por Cristo? ¿No fué Cristo un hombre muy superior a Mahoma? A Mahoma se le puede considerar como un farsante; Cristo nunca utilizó ni propugnó los medios de Mahoma, de que por la fuerza convirtieran y le quitaran las cosas a los demás que no compartían sus ideas. Cristo fué esencialmente, el más cumplidor de su doctrina. Actuó por medio de la dulzura y Mahoma por medio de la guerra. ¿Cree usted que pueden compararse esas dos personas, vamos a llamarlas, esos dos hombres, por no decirle esos dos dioses?

DR. PARES: En primer lugar, yo no los he comparado. Me he guardado muy mucho de compararlos. La pregunta que usted plantea es muy interesante, porque es precisamente la base de uno de los capítulos más fecundos en el estudio de la Historia, que es el concepto de la religión de sentimiento, y de la religión de voluntad. Pero vamos a dejar eso. Yo he dicho en mi conferencia que el Islam es un cristianismo simplificado y banalizado. Al decir que es banalizado, ya automáticamente establezco un juicio peyorativo en cuanto a Mahoma, si usted lo compara idealmente con Cristo. Cristo es un complejo espiritual mucho más complicado. El cristianismo es una de las pocas religiones, o una de las religiones de las cuales no se puede hablar sobre el dogma más elemental sin ser un verdadero doctor en teología. En cambio, del Islam puede hablar cualquier árabe del desierto. De manera que ya inicialmente la altura intelectual determina necesariamente una mayor altura espiritual, si usted quiere, en Cristo que en Mahoma.

UN OYENTE: ¿No estima que, a partir de la época de los Reyes Católicos, es decir de la Reconquista, el descubrimiento de la América, etc., comienza la decadencia de España?

DR. PARES: ¡Caramba! La pregunta no tiene usted que dirigírmela a mí, sino al conferenciante de turno cuando se refiera a la Reconquista. Le voy a contestar simplemente, porque no hay tiempo para más. En la Historia, nunca ha triunfado un universalismo. En todos los universalismos ha llegado un momento de decadencia, y España también tenía que decaer

en su momento determinado; pero el momento que usted me fija no es precisamente el del principio de la decadencia, sino el principio de la grandeza. Existe la tesis histórica de que empieza la decadencia de España en el momento en que se produce la conquista de América, por una razón muy sencilla; porque en este momento lo que ha sido puro impulso interior, se seculariza. Es decir, se transforma en algo que ya no es simple religión, sino intereses.

•

Ramón Fernández Mato

El puente árabe y Córdoba

AL serme señalado el tema de esta lección (aceptando para el presente trabajo denominación de tanta responsabilidad y tan en pugna con mi inopia docente) se me dió, en el título, no sólo el rumbo, sino también la tesis y el área que se me confiaban:

"El puente árabe y Córdoba". La índole del fenómeno cultural a evocar y su foco están perfectamente contenidos y expresados en el certero epígrafe, por lo que si me descamino, mía y sólo mía será la culpa, aun cuando por tratarse de materia de por sí polémica sea necesario asirse a determinadas autoridades para no extraviarnos.

Importa señalar que la presencia árabe en España dura nueve siglos y no ocho, escasos, como suele sostenerse. Desde la caída con Rodrigo, precisamente cordobés, de la monarquía visigótica en la batalla de la laguna de la Janda o de Guadalete, hasta la expulsión de los moriscos por Felipe III, de 1609 a 1610, debe entenderse como existente la influencia islámica en España, aun cuando en orden a la cultura, que es lo que hoy aquí nos interesa, su intensidad y calado no abarquen tanto espacio de tiempo.

Es necesario, además, poner de relieve que un período tan largo, aún cortándolo en la rendición de Granada, no cabe —y lo denuncia Ortega y Gasset— dentro del concepto usual de "reconquista" y la verdad es que se trata de una auténtica convivencia, lo que explica la recíproca impregnación cultural.

En ese jardín de lo asombroso que es la historia de España podemos cortar los ejemplos más convincentes: Egilona, viuda del

rey don Rodrigo, se consuela de manera desconcertante casándose nada menos que con Abdalaziz, hijo del vencedor de su esposo; un Alfonso de León se une a una hija de Abdallah, emir de Toledo y un Alfonso de Castilla se casa con una hija del emir de Sevilla. Hay un famoso romance sobre las nupcias de la hija de Alfonso V con un árabe, al parecer el propio Almansur. Muere el rey San Fernando, conquistador de Sevilla, y su amigo el rey moro de Granada manda guardar luto a su Corte y que todos los años cien caballeros musulmanes vayan en el aniversario a Sevilla para poner cada uno un cirio en el sepulcro del gran rey cristiano.

De todos son conocidas las conexiones y alianzas del propio Cid con los príncipes árabes. Hay, pues, una convivencia extensa y profunda, paralela a la roedura constante y a las dentelladas intermitentes del largo recobro territorial. Convivían peleándose, como muchos matrimonios.

La historia de la España árabe se reparte en cuatro épocas: el emirato, primero dependiente de Damasco y después independiente con Abderrahmán I; el califato con Abderrahmán III, plena sazón de unidad y de poder del Islam en España; la fragmentación en los reinos de Taifa con las nuevas invasiones de almorávides y almohades; y el reino de Granada como resplandor final de la Media Luna.

Pero esto dura casi la mitad de la Era Cristiana, lo que permite corrientes osmóticas profundas que necesariamente habían de reflejarse en la cultura después de producir, en lo social, singulares tipos, primero de adaptación y más tarde de neta diferenciación. Nos referimos a los **mozábares,** o sea a los cristianos españoles que regresan, después de la dispersión inicial, a vivir entre los musulmanes, conservando sus cultos, sus leyes y hasta sus autoridades y a los **mudéjares,** reverso de la medalla, mahometanos que, a medida que ganaban terreno las armas cristianas, se iban sometiendo con disfrute recíproco de las garantías y tolerancias de que gozaba el mozárabe bajo el dominio de los reyes moros. Y aún había una sub-clase, la de los españoles que abjuraban de su religión y pasaban al mahometismo para ser totalmente libres y no tener que pagar tirbutos, insignes fundadores

de la vastísima familia de los "vivos" que la historia tiene ensartados en un nombre todavía emético: **renegados.**

De lo mozárabe se conservan aún en Toledo, por privilegio singular, ciertas reglas litúrgicas, pese a que los monjes cluniacenses lucharon en contra de aquella tradición isidoriana, llegándose hasta la "prueba del fuego'' de la que salió indemne el misal mozárabe, mientras las llamas devoraban el romano entre el júbilo de las gentes.

De lo mudéjar nos ha quedado nada menos que un estilo arquitectónico que florece del siglo XII al XVI. En principio fué una mezcla de lo árabe con lo románico. A través de los siglos XIII, XIV y XV fué una mixtión de lo nazarita-granadino con lo gótico y, finalmente, se dió a combinar lo árabe con lo renacentista. Es el arte de Oriente casándose, sucesivamente, con los estilos porque va pasando la arquitectura cristiana. Su sello distintivo es la primorosa participación del ladrillo, el arco de herradura y la alianza con la cerámica para la ornamentación. Es, en suma, un estilo asociado, pero del que solamente España conserva monumentos.

De los renegados confesamos que nos quedan bastantes descendientes, por desdicha.

La dominación árabe en España se produce en oleadas sucesivas, pero diferentes.

Primero con Tarik y Muza llegan, llamados por los godos inconformes, hombres del Norte de Africa de rudimentaria civilización, jinetes del desierto y montañeses de las vertientes del Atlas. Eran bereberes en su mayor parte y hay historiadores que cifran en menos de medio millar los árabes que con ellos entraron en España. Llegaban con sólo el caballo, sin mujeres, por lo que tuvieron que buscarlas en la tierra conquistada y así sus hijos ya eran al nacer, medio españoles. Al fin y al cabo se trataba de una reanudación étnica, puesto que los iberos, base de la población del Sur, en donde más se afianzó el Islam, habían cruzado de Marruecos a España. Después llegan verdaderos árabes, harto más cultivados.

El puente árabe, por tanto, no aparece en plena función de camino y de sutura de orillas culturales hasta que el Emirato

independiente se yergue en Córdoba con Abderrahámán I, para, después, con Abderrahámán III, desembocar en el Califato, suma altura y madurez del poderío y de la civilización musulmanes en suelo español.

Pero ¿hubo en España una cultura árabe privativa, distintiva, original? Lo que traían ¿eran creaciones propias, o cosechas adquiridas? ¿Qué sucedió con las letras, las ciencias y las artes que por el puente árabe pasaron a España?

Aquí es donde hay que pedir auxilio a capacidades críticas irrecusables para que nos apadrinen, o por lo menos, nos acompañen, al atrevernos a formular la conclusión de que los árabes fueron, más que nada, agentes transmisores de la cultura que traían consigo tomada del Mediterráneo y de Asia y que su obra en España es una reelaboración en la que intervino, de modo principal, el genio español ya bien afirmado sobre los cimientos romanos y visigóticos de Quintilianos, Sénecas, Orosios e Isidoros.

Menéndez y Pelayo emplaza la cuestión atribuyendo a una especie de acción actínica de la cultura hispánica sobre la que el árabe introduce en la península, el alumbramiento de lo que el eminente polígrafo llama "ciencia arábigo-hispánica".

Muy sagazmente Madariaga advierte que España es "como una caja de resonancia para razas orientales, que suele dar en su seno sus armonías más profundas".

El juicio de don Marcelino se sintetiza así:

"Lo que con el nombre de civilización árabe se designa, lejos de ser emanación espontánea ni labor propia del genio semítico, lo es de todo punto extraña y aún contradictoria con él; como lo prueba el hecho de no haber florecido jamás ningún género de filosofía ni de ciencia entre los árabes ni los africanos, y si sólo en pueblos islamizados, pero en los cuales predominaba el elemento indo-europeo, y persistían restos de una cultura anterior de origen clásico, como en Persia y en España, donde la gran masa de renegados superaba en mucho al elemento árabe puro, al sirio y al bereber."

... ...

"La historia del primer renacimiento científico de los tiempos medios sería inexplicable sin la acción de la España cristiana, y

especialmente del glorioso Colegio de Toledo, y esta ciencia hispano-cristiana es inexplicable a su vez sin el previo conocimiento de la ciencia arábigo-hispánica, de la cual fueron intérpretes los mozábares, los mudéjares y los judíos. Es imposible mutilar parte alguna de este conjunto sin que se venga abajo el edificio de la historia científica de la Edad Media en España y fuera de España.''

Claudio Sánchez Albornoz, eficaz buzo en la obscuridad medioeval, refiriéndose a España dice:

"En el período clave de la Edad Media (siglo XII) enseñó al Occidente europeo la cultura árabe, a cuya formación habían contribuído con esfuerzo extraordinario los españoles convertidos al Islam."

Wells señala la innegable simbiosis judaico-islámica que se descubre en la vida intelectual y en las manifestaciones de la cultura del período hispano-árabe:

"Donde quiera que los árabes posaron sus plantas como conquistadores, floreció la cultura. En el siglo VIII existía un sistema de enseñanza en todo el mundo "arabizado''. En el IX, los hombres cultos de las escuelas de Córdoba, en España, estaban en correspondencia con los hombres cultos de El Cairo, Bagdad, Bujara y Samarcanda. El espíritu judío se asimilaba con mucha facilidad el espíritu árabe y por algún tiempo trabajaron juntas las dos razas semíticas valiéndose del árabe.''

Pero es Karl Vossler quien trenza las tres corrientes al estudiar aquella época en que el pensamiento cristiano, el mosaico y el mahometano trabajaron, no sólo juntos, sino combinados, tomándose y cediéndose lámparas y raíces:

"En España, la confianza que tienen los pensadores árabes y hebreos en el poder de la especulación filosófica alcanza una fuerza tal que no hay manera de acabar con ella. Averroes y su escuela manifiestan un realismo tan incontrovertible que puede decirse que es casi una religión, una superstición de la ciencia; y cultiva un espíritu crítico y una libertad de conciencia tan segura y consciente de sí misma, que aunque fué combatida duramente a finales de la Edad Media, nunca pudo ser destruida del todo. Los dogmáticos y escolásticos cristianos Alberto Magno y Tomás de Aquino no hubieran llegado, sin duda alguna, al nivel

científico que alcanzaron sin el contacto con el pensamiento de estos orientales andaluces. Me parece que la especulación y la hermenéutica judíoarábigoespañola del siglo XII hizo más a favor de la formación del espíritu europeo de lo que generalmente se admite o supone, y llego a creer que continúa incluso hoy influyéndola directamente."

Frente a estas fundamentales estimaciones de lo árabe en la órbita de la cultura dos voces ilustres de Francia se levantan, radicalmente negadoras ambas. Luis Bertrand, de la Academia, sostiene, sin atenuaciones, que "las expresiones de civilización árabe y arte árabe, aplicadas a la civilización y al arte de la España meridional en la Edad Media, son completamente inexactas, aparte de que los árabes no han tenido nunca ni arte ni civilización propia".

Maurice Legendre, que se empapó de España en los libros y sobre el terreno y con cuya amistad nos honrábamos, despoja a los árabes de las más tangibles muestras de su genio en nuestra tierra al decir que "las bellas obras de arte que España conserva de la época musulmana, no son obra de los árabes, sino de los españoles".

Será necesario acudir a un monumento, la Mezquita de Córdoba, para encontrar, materializada, la conciliación de tan dispares dictámenes. Templo consagrado al Jano de Roma, es, después, basílica visigótica, para terminar en mezquita mahometana, una de las más bellas y grandiosas del mundo. Pues bien; los fustes de las columnas, entonces cerca de mil doscientas, proceden en su mayoría de monumentos romanos; de los capiteles muchos son bizantinos y visigodos y sobre los troncos latinos o godos de mármol y de jaspe el árabe construyó sus arcos superpuestos para ganar altura, como podríamos aumentar nuestra talla con dos o tres sombreros colocados unos sobre otros. No obstante tal recurso, la armonía es perfecta y aquellos elementos heterogéneos forman unidad de grandeza y de gracia, la unidad del bosque fraguada por la conjunción o entrevero de los ramajes.

Así aquella cultura.

Córdoba tenía entonces cerca de medio millón de habitantes y más de doscientas mil casas, novecientos baños públicos, biblio-

tecas, palacios, seiscientas mezquitas y, en la campiña circundante, alcázares suntuosos. Las calles gozaban de pavimento y de alumbrado que París no conoció hasta bastantes siglos después y el agua se surtía por cañerías. Era el siglo X.

Allí se estudiaban historia, teología, poesía, geografía, matemáticas, astronomía, literatura, medicina, derecho... La arquitectura y las artes aplicadas estaban en auge brillante.

Averroes, en la imposibilidad de citar a otras figuras, es el astro máximo y descuella en el campo filosófico con singularidad gigante.

Tres siglos más tarde lo citará Colón y hasta Lutero llegará la luz de su nombre. Médico, maestro en teología y en leyes, juez en Córdoba, intérprete de Aristóteles, su influencia se advierte por igual en los filósofos judíos y en los escolásticos, admitiendo el propio Santo Tomás parte de su doctrina. Sino corriente del sabio, fué desterrado a Lucena, ciudad casi totalmente judía y después atravesó a Marruecos, donde murió.

El puente árabe que había tendido su arco sobre el Estrecho lanza otro del Guadalquivir al Tajo uniendo a Córdoba con Toledo donde también tres religiones polinizan una cultura tricípite. Alfonso VII, deja que lo que viene por el puente mahometano se descargue y molture en un molino eminente, la Escuela de Traductores de Toledo, acaso, y sin acaso, el mecanismo de salvamento y propagación de la cultura arábigo-oriental que había de alimentar tan providencialmente la cultura europea por aquel entonces casi aniquilada. La dirige Domingo González, o Gundisalvo, arcediano de Segovia y colaboran con él el canónigo Marco y el converso Abrahán-ben-David, Juan Hispalense. El Arzobispo don Raimundo es su magnífico alentador. Allí se vierten al latín y al romance castellano las obras griegas fundamentales de Euclides, Galeno y Aristóteles, y las de Ptolomeo, Averroes, Abengabirol, Avempace, Mainónides y otros más. Por allí pasan Gerardo de Cremona, Adelardo de Bath, Miguel Scoto, Hernán el Dalmata, Daniel de Morlay... Su labor entusiasma a Roger Bacón el "Doctor Admirable" de Inglaterra.

Es el momento ecuménico de Toledo y estudiantes y maestros de toda la tierra conocida acuden allí.

Después, en el siglo XIII, Raimundo Lulio logra de Jaime I, rey de Mallorca, una Escuela de lenguas orientales en Miramar y del Papa Honorio IV otra en Roma, mientras Alfonso el Sabio lleva a Toledo, de Córdoba, de Sevilla y de París, "cincuenta hombres entendidos" para traducir el "Quadri partitum" de Ptolomeo y otras obras y funda en Murcia el colegio musulmán, que dirige Al-Ricotí, para estudiantes de las tres religiones. Por el camino francés, o de las peregrinaciones, esta cultura, retallada, es reexplicada hacia Europa bajo talmas de romeros y cogullas de monjes, en un rodeo salvador, con lo que el sepulcro de Santiago Apóstol venía a ser un silo universal. Así era la España en la cerrazón medioeval; esa su intransigencia.

¿Qué nos queda de todo aquello a los que no somos ni eruditos ni investigadores, amén de los monumentos árabes que ninguna otra nación de Europa tiene? Muchas cosas, desde los guarismos hasta el azafrán; pero nosotros, idólatras de las palabras, golosos de su música y de su color, de su brío o de su uavidad, le agradecemos alá rabe que, al partir, nos dejase en la toponimia Alcoleas y Alcántaras, Alhamas y Medinas y, pasadas por el harnero de los siglos, cientos de voces que ya son pedrería fonética en nuestra vieja lengua: "azahar' para coronar nuestra elegida y "alarde" para darle un nombre bello a la ostentación, "cendal' para que Agustín Acosta pudiese diluir en el azul o extraer del cielo vuestra bandera y "almirante" para presentarle al mar sus señores, "ajedrez" para que tuviérais los cubanos un campenó del mundo y "almohada" para el sueño, "alcohol" para la evasión y "ataúd" para la entrega, "tambor" para la batalla y "arroz" para la mesa, "rincón" para los que estamos lejos de la patria y, sobre todas, la palabra con que queremos terminar para que no os amargue tanto el tiempo que perdísteis escuchándonos y que es tuétano y sangre de vuestra economía y, en consecuencia, savia nutricia de vuestra cultura: "azúcar".

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Quisiera usted, Dr. Parés, hacerle alguna pregunta al Sr. Fernández Mato?

DR. PARES: Con mucho gusto. Dice usted, con un gran acierto, que en realidad no existe una ciencia, una filosofía árabe, sino que los árabes se apoderaron de los elementos culturales en los lugares que existieron. ¿No cre usted también que lo mismo ocurre en cuanto al elemento étnico, es decir, que los que llegaron a España no eran más que una ínfima minoría de árabes; que, en realidad, las invasiones y las batallas se libraron a cargo de bereberes, es decir, de las razas semitas del Mogreb, y que al hablar de la labor de los árabes en España sería más justo, históricamente, hablar de los convertidos al Islam en lugar de los árabes?

DR. FERNANDEZ MATO: Exacto. Esto lo insinúo yo en la conferencia, partiendo ya de la base de que eran, según los historiadores, Cossío entre ellos, menos de medio millar los árabes puros que llegaron. Todo lo demás fué de aluvión. Cuando crujía algunos de los estados árabes que estaban formados en España, acudían al Africa a buscar, dentro, naturalmente, del círculo musulmán, una especie de brigadas internacionales, los que recuperaban sus terrenos y volvían a buscar sus predominios.

SR. RUBEN REYNOSO: Antes que nada, quería felicitar al Dr. Mañach por haber brindado el puesto de la Universidad del Aire al Sr. Fernández Mato, un hombre que entre sus muchos ex... tiene esa maravillosa literatura que le hace simpático ante todo público, pero que, desgraciadamente, tiene una mancha enorme sobre sí, al ser autor de una biografía sobre Trujillo, el hombre que más daño ha hecho a la cultura de América, y en nombre de la cultura pido que se pongan de pie protestando contra la actitud de Trujillo.

DR. MAÑACH: Sr. Reynoso, lamento mucho que usted haya dado esa nota disonante aquí. Me parece una falta de cortesía y de hospitalidad hacia un disertante de la Universidad del Aire. ¿Preguntas del público?

DR. MANUEL DE LA MATA: Quisiera preguntar al conferenciante en defensa de esos renegados de quien parece renegar él a través de su conferencia, ¿no piensa que la culpa de aquellos que salieron de las huestes cristianas para situarse al lado de los árabes, la tuvieron aquellos reyes que no supieron tener dignidad, que explotaron a sus vasallos, que expulsaron al Cid de Burgos, y que, al huir de los impuestos que sobre ellos ponían para situarse al lado de los árabes, los renegados y los degenerados que podríamos señalar, no eran los que se acogían a la cultura y a la tolerancia de los musulmanes, sino los reyes y los nobles que explotaban a sus vasallos inicuamente?

DR. FERNANDEZ MATO: Primeramente, deseo decirle al Sr. Mata que si ha encontrado una intención oblicua en el concepto que yo tengo de los renegados, no se refería, naturalmente, a otra cosa que a los que reniegan de España. A cualquier español que sea español yo no lo considero nunca renegado.

DR. MANUEL DE LA MATA: Perdone, cuando decía que todavía los hay, yo encontraba en ésto sencillamente que los traidores y vendepa-

trias están en España, y no fuera. Sencillamente en ese sentido había tomado la...

DR. FERNANDEZ MATO: Bueno, no he contestado una de las preguntas del Sr. Mata que tenía especial interés en contestar.

DR. MAÑACH: ¡Señores, parece que hay un elemento explosivo hoy en el aire!

SR. RUBEN REYNOSO: En un país de libertad tiene que haberlo.

DR. MAÑACH: La libertad se alcanza sobre todo, por las vías de la cultura, Sr. Reynoso. Nace de la confrontación de ideas. Pero Ud. tiene otros lugares donde puede llamar a capítulo al Sr. Fernández Mato sobre sus opiniones políticas, y no en la Universidad del Aire, cuya misión es distinta. Sr. Mata, ¿quiere usted formular de nuevo su pregunta sin darle innecesarias connotaciones políticas?

DR. MANUEL DE LA MATA: Yo sentiría que cualquiera de mis intervenciones se tomase en este sentido de polémica fuera de lo que es propiamente la cultura. Me interesa hacer esta mención, por mi posición en muchas ocasiones, haciendo preguntas a los conferenciantes de la Universidad del Aire, a quienes aprecio en todos los sentidos y respeto profundamente por su cooperación en la cultura, aunque no esté de acuerdo en algunos propósitos. Esto quiere decir sencillamente que no hay en mis preguntas, quizá, más que la defensa de una tesis, de una ideología, de una manera de pensar, pero con todo el respeto expuesta, y creo que en ningún momento mis palabras hayan sido ofensivas. Quizá en algún momento, dejándome llevar por mis ideas, por mi concepción de las cosas, y por mi posición frente a algunos de los conferencistas, pueda haber expresado con un poco más o menos de calor estas ideas. Sencillamente para mí son muy respetables estos rebeldes que están fuera de Epaña, y no lo he podido remediar. Bastante han sufrido y bastante estamos sufriendo todos por culpa de ciertas cosas. No voy a insistir en ésto. Pero, sencillamente, la pregunta era la siguiente: Los rebeldes, los renegados que se pasaron a los árabes durante la reconquista española para mí merecen un poco de respeto, y pienso que, por el contrario, los responsables y los culpables de esta deserción fueron los reyes. Doy un ejemplo por delante. Don Rodrigo y la Cava dan lugar precisamente a que don Julián dé entrada en el territorio de España a los árabes. El Cid fué demasiado buen vasallo para resistir, frente a su sentido de caballerosidad y de justicia, la expulsión de la Corte de Burgos. El Rey Alfonso fué el villano en este caso, no fué el Cid. Quiero generalizar ésto, y sugerir que todos aquellos que se pasaban al campo de los árabes, no lo hacían por librarse de los impuestos, sino por librarse de las injusticias, de la falta de libertad y de la falta de cultura que aquellos dirigentes establecían. Por eso hacía la pregunta, nada más.

DR. FERNANDEZ MATO: Ahora podré contestarla. Primeramente, si el Dr. Mata estima que fué mi intención (cosa lejana en mi pensamien-

to) en algún instante referirme a los renegados como algo actual, presente y político, entonces tengo que hacerle esta declaración: que yo estoy en Cuba porque soy un renegado. En segundo lugar, voy a decirle que no tengo ningún interés, como republicano, en defender a ningún Rey, aunque esté tan dentro de todas las prescripciones como los Reyes de la Edad Media.

DR. MAÑACH: Ustedes ven por qué tengo que mostrarme aquí yo tan celoso de que nunca nos desviemos en cosas innecesarias y que pueden ser ventiladas en otro lugar y momento, y es que se nos han ido los cuatro o cinco minutos que teníamos para preguntas sobre el tema, en una discusión de matices políticos ajena a los propósitos de la Universidad del Aire. ¿Alguna pregunta que pueda ser brevemente formulada y brevemente contestada, para terminar?

SR. LAZARO DURAN: Doctor, el arte árabe, ¿no es una cosa peculiarmente árabe?

DR. FERNANDEZ MATO: Yo estoy con los que afirman que no existe el arte árabe como los sistemas de belleza arquitectural o de otro tipo plástico, que son cerrados sobre sí, que no toman de otros. El arte árabe ha tomado del gótico, del bizantino, del persa, sus materiales de acarreo, que naturalmente el árabe después manipuló y llevó a efectos tan admirables como revelan los monumentos que de ellos quedan, singularmente los de Granada. Pero no creo que exista un arte árabe, como existe el arte románico, (el más puro, a mi juicio, porque ya respecto del gótico no tengo tales preferencias). Creo que no existe un arte árabe, y en eso estoy con los que han negado un arte árabe que se defina como un estilo aparte de los demás.

XVII

Rafael Marquina

Las Cruzadas y el orden caballeresco

IBA por los caminos, por los campos y por las aldeas en exaltación de la fe prendiendo las almas. Predicaba con ardor, persuadía con emoción. Pronto le siguieron los desarrapados y los menesterosos, inermes, sin valimiento pero prendidos todos en la fe de Cristo. Era preciso rescatar del poder de los infieles el lugar sagrado, la ciudad de Jerusalén. Aquel monje, Pedro de Amiens, el Ermitaño llamado, había llorado en la ciudad santa, había puesto en aflicta genuflexión el alma. Y provisto, ante todo, de la autorización del Sumo Pontífice recorrió Alemania, Francia e Italia alzando la Cruz como emblema para reunir, al conjuro de su voz, mesnadas harapientas pero férvidas, llevándolas en caravana desabastecida a la conquista de Jerusalén. La Cruz emprendía jornada entre la ululante vehemencia de los andariegos que siguiendo a Pedro el Ermitaño se lanzaron a la aventura. Se inició así en la alta Edad Media la epopeya de las Cruzadas.

El Pontífice Urbano II que había autorizado a Pedro el Ermitaño, el monje transido de fe, adicionó a los sentimientos religiosos otras consideraciones que mucho atañían al gran poder que por entonces había asumido el Papado desde la temprana Edad Media y desde que los reyes carolingios instauraron la costumbre de la consagración. En un concilio celebrado en Clermont, en la Auvernia (año de 1095) Urbano I, que había ya en anteriores ocasiones (Concilio de Plasencia, 1904, por ejemplo) urgido al mundo romano repelente aun a la plasmación del imperio romano-

germánico, a precaverse contra los peligros y las amenazas de una invasión turca, señalando las muchas calamidades que ella acarrearía, decretó la Cruzada a Tierra Santa, cuando ya las huestes alucinadas y desposeidas de Pedro el Ermitaño movían su gran quimera hacia el peligro. Organizose entonces la primera Cruzada en que se agruparon para salvaguardia del mundo contra la invasión turca y en defensa de los poderes vigentes, los caballeros y los poderosos. Cruz Alzada también pero concreta finalidad política.

Conviene advertir desde el inicio la dualidad. La primera cruzada fueron dos: la del monje Pedro el Ermitaño y su adlátere, monje también, Gualterio Sans Avoir, que, más allá del estrecho cuyo cruce facilitó a la abigarrada caravana inerme el Emperador de Bizancio, fué prontamente aniquilada; y la de los caballeros —Godofredo de Buillón al frente— que logró el rescate de Jerusalén sobre la desolación de los cruzados inermes de Pedro el Ermitaño. De un lado, la fe pura; pero, del otro, triunfante, el poder caballeresco, el temporal poder del Papado, los intereses de los emperadores y de los imperios. En la promoción de las Cruzadas hay que añadir aun a estos cardinales motivos otras circunstancias causales: el terror al milenario, al fin del mundo, el exacerbamiento de los fervores y la gran preminencia del poder pontificio.

Bajo Godofredo de Buillón, que se proclamó Protector del Santo Sepulcro establecieron reino en Jerusalén y aun ensancharon el diámetro de su potestad. Pero, como dice muy bien José Luis Romero "a principios del siglo XII las rutas del comercio mediterráneo empezaron a abrirse por entre las barreras que los musulmanes habían establecido''. Deriváronse de ello grandes peligros para el reino cristiano de Jerusalén por causa de la violenta reacción musulmana. Para la defensa del reino cristiano se organizó entonces la segunda Cruzada a cuyo frente vieron fracasados sus propósitos Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia. Jerusalén cayó nuevamente en poder de los infieles el año 1187 en que entró en ella triunfante Saladino.

Nueva desolación en el mundo cristiano. Nueva cruzada; la tercera, toda ella como alzada aun como la Cruz por fervor y

por impulso de dolorida fe. Hazañosa era la gesta, muy rica en aportación de caballerías y noblezas; tres bizarros adalides la conducían: Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja y Felipe Augusto. Es quizá, en el acontecimiento histórico de las Cruzadas el episodio más representativo. Llena de resonancias legendarias, heroicas y caballerescas el ámbito de la Historia. Barbarroja murió en la empresa y los reyes de Francia e Inglaterra, tras un período de aventuras y alternativas varias y belicosas, desistieron del cristiano empeño. Jerusalén y el santo sepulcro quedaron bajo la mancilla infiel.

Hasta este momento había persistido en el ánimo, en la traza sentimental, en los móviles y en las arrebatadas proezas, aquel espíritu de fe dolida y bélica, aquel frenesí de piedad de que fué voz Pedro el Ermitaño. Las Cruzadas eran obediencia gallarda y heroica a sentimientos de religión militante, de devoción cristiana, a pesar de algunas aleaciones, incluso aportadas por las más altas autoridades eclesiásticas, en orden y con interés temporales. Desde ahora, no obstante, se alzarán en cruzada, en obediencia a móviles y valores de índole no ciertamente espiritual, sino económica los caballeros y los mercaderes. Las cinco cruzadas restantes —fueron ocho en total— aun sin omitir las dos postreras promovidas por San Luis, Rey de Francia, no anduvieron hazaña ni camino al eco de la voz ermitaña, sino movidas de afanes materiales y designios materialistas.

Había nacido el gran problema que no era más que lema aun; se había iniciado la gran lucha, que no era aun más que batalla: la libertad de los mares. El intercambio, las bases marítimas, la aspiración y la necesidad del comercio libre y la libre andadura. Y los mercaderes surgieron en el mundo de los caballeros. Y de caballeros y de mercaderes, de aventuras bélicas y de pactos taimados o sapientes; de heroísmos de caballería y de transacciones de mercantilismo se nutrieron las Cruzadas.

En la imposibilidad de detalle y de relato, resumamos la gesta múltiple y enorme: Cuarta cruzada: Pacto entre los caballeros franceses y los mercaderes venecianos (año 1204) con exigencia, por parte de éstos, de apoderarse de Constantinopla; establecimiento, tras la conquista de la capital bizantina del imperio latino

de Oriente bajo el mando imperial de Balduino de Flandes; Jerusalén lejana y olvidada. Quinta cruzada: año 1217. Sus capitanes, Juan de Brienne y el rey de Hungria la dirigieron a Egipto donde se habían fortalecido los musulmanes; fracaso de los intentos y Jerusalén lejana y olvidada. Pocos años después, (1228) sexta cruzada, promovida por el emperador de Alemania Federico II y ya esta vez no sólo no inserta en la órbita religiosa, sino desgajada, separada y casi enemiga de la Iglesia, a causa de los conflictos de aquel soberano con el Papado. Es indispensable señalar la sorprendente antinomia cuajada en el hecho histórico: Federico pactó con los musulmanes, que le cedieron Jerusalén, con excepción de la barriada donde erguía su minarete alerta la Mezquita de Omar. El pacto benefició, con el inmediato incremento comercial, a las ciudades italianas. Las dos últimas Cruzadas fueron organizadas por el santo rey Luis de Francia; una (1248) contra Egipto; otra (1270) contra Túnez. Ninguna de ellas obtuvo resultados decisivos, pero una y otra demuestran ahora que los motivos habían superado a los valores; lo que se perseguía al cabo de tantos largos años de cruzada y olvidado ya el verbo y apagado el eco de la predicación ermitaña, era abatir el poder turco, defenderse contra la pujanza musulmana.

Desde luego, las consecuencias de este largo episodio que, en síntesis caracteriza la Edad Media, fueron muy considerables en las tres dimensiones de lo histórico. César Cantú las ha resumido admirablemente al decir que sin las Cruzadas "la contienda que se ventiló en las orillas del Jordán y del Nilo se hubiera resuelto en las del Danubio y el Sena''. Pero aparte esta enorme significación gravitante sobre el destino de Europa, las Cruzadas tuvieron, en otro orden, consecuencias múltiples y de mucho influjo. Señalan los historiadores, entre otras, el derrumbe del feudalismo por el abandono de los castillos y los feudos, y por ende el auge de las ciudades; una intensificación de cultura que propendió postreramente, ya en el inicio de la Baja Edad Media hacia la popularización, hacia el acceso a sus zonas de las clases que hasta entonces le habían sido forasteras y que se aprovechó de los conocimientos árabes, muy desarrollados en ciertas disciplinas y derivó hacia ciertas especulaciones filosóficas. Y también, con in-

terés especial para nosotros esta tarde, el incremento del espíritu caballeresco.

Es indudable que el gran período múltiple de las Cruzadas no puede ser arrancado, sobre todo en sus tiempos primeros de un ambiente caballeresco, de un orden caballeresco que impuso su modo y no fué moda sino actitud frente a la vida. Pero ya advertimos como junto al caballero estaba en el inicio de la gran aventura el monje. Es de notar la coyunda porque es como la síntesis de gran parte, la más nutrida y trascendente, de la Edad Media.

Nicolás Berdaieff, en su famoso libro "El sentido de la Historia'', subraya esta significación dual que abre en la ruta de la Edad Media la comparecencia del monje y el caballero. "El monje y el caballero medioevales —dice— personifican la formación espiritual del hombre". He ahí, en estas palabras, el meollo de la cuestión. La formación espiritual del hombre. (Acaso un colectivo hacer historia, vivir vida que, al cabo, en el Renacimiento, con el renacer humanista había de entrar en pugna y derrota con lo que Samuel Ramos ha llamado "un movimiento para atraer los valores del hombre del cielo a la tierra''). Elevo el hombre los ojos, alzó el alma a espiritualidades hasta entonces desterradas del ámbito del acontecer.

Dos vertientes recogieron las fluencias vivas de la Edad Media, la monstaica y la caballerosa. Por eso Berdaieff puede considerar al monje y al caballero como figuras representativas de la personalidad humana disciplinada, porque en ambos esta personalidad es una afirmación de elementos de valor espiritual. Por vía de esta realidad, a la luz de esta certeza se entiende cuál fué en suma y síntesis, la atmósfera del orden caballeresco. Su luz se difunde en climas y zonas cuya exacta dimensión, cuya cronología precisa es imposible fijar exactamente. Ya Benedetto Croce ha advertido acerca de los peligros que origina la confusión entre los que llama períodos reales y los cronológicos. Las Cruzadas se insertan en el orden caballeresco pero no es todo orden caballeresco en las Cruzadas y cuando ha periclitado el puro y desnudo espíritu de la caballería en las cruzadas, en el mundo, en la baja Edad Media afectada ya, como repleta y henchida de la nueva

norma que mueve la presencia de la burguesía, aun el orden caballeresco tiene su vigencia, adopta nuevas maneras y proclama insobornable la grandeza de su categoría.

Lo indudable y más palpable es, sin embargo, que durante las Cruzadas asumió auge cimero el espíritu caballeresco. Y es preciso entender que cuando se habla de orden caballeresco no se habla de nobleza propiamente dicha. El caballero es cosa distinta al señor de nobleza. No cifra su honor y su jerarquía en pergaminos y en rangos y privilegios ni se cree obligado a ciertos acatamientos. De acuerdo con sus concepciones de épocas de senectud y de juvencia, Johannes Bühler, ha establecido bien la fundamental oposición entre caballería y nobleza al recordar que los caballeros propenden a la aventura, se extravierten, por decirlo así, en el ámbito y se insertan en el circuntorno, el noble, el aristócrata, se mueve siempre en un círculo fijo, se interna en su círculo, se reducta en su reducto. La diferencia es esencial y debe ser tenida en cuenta siempre.

A este propósito, e imposibilitado de intentar un desarrollo que exige otras condiciones materiales, séame permitido apuntar únicamente que esta diferencia es la que ha de tenerse en cuenta para entender, en lo que, más acá incluso de la Edad Media, ha dado España como contribución al orden caballeresco y la presencia viva del hidalgo en la historia. Porque, en efecto, como se pretende por muchos, el hidalgo es desde su reoleto voluntario apartamiento y su rocosa altivez de castellano en ruina de castillo o de asceta laico en morada de frenesí, una derivación, una supervivencia del orden caballeresco. Pero lo mismo él que incluso el caballero español, son de pregeño y alma distintos a los de los caballeros medioevales. No podemos entrar hoy en la consideración de todo esto, que bien valdría una sesión de la Universidad del Aire. Justifiquen y expliquen ahora mi soslayo, mi elusión del concreto tema que, por distinto, no puede incluirse en el que estoy aludiendo, las palabras de Wossler: "Le cupo a España la gloria de haber establecido y realizado un nuevo tipo de humanidad, creando el tipo aristocrático que nada tiene que ver con el superhombre de Niettszche ni tampoco con el hombre del Renacimiento, de dotes y cultura universales, ni con el "honnete

homme" del clasicismo francés y el "sprit fort" del enciclopedismo''.

Y a mayor abundamiento, recordemos que, como apuntara Hegel, las diferencias entre el caballero germano y el español estriban principalmente en que el germano es a la vez más rudo y más frívolo que el español.

Germano pretenden algunos que sea el origen, el linaje, el germen y nutricio de todo el orden caballeresco, olvidando el lejano antecedente del Rey Arturo o Artús, como recuerda don Quijote que debe llamarse amansando el nombre, y sus Caballeros de la Tabla Redonda, pero lo cierto es que, aun admitiendo, por ser cierto, que los hábitos caballerescos germánicos acentuaron extendido influjo —incluso en lo que atañe al sentimiento del honor español— hay que señalar en la evolución sucesiva de los sentimientos una divergencia cada vez de más abierta envergadura entre ese germanismo dominante en gran parte de la Edad Media y la definitiva evolución del sentido caballeresco y sus concepciones del honor individual que exime de sumisión y de sometimiento a la dignidad personal y eleva sólo hacia razones de Dios y del espíritu las avideces de la obediencia.

De caballería a nobleza cuenta además un plus de caballo. Caballero, jinete, cabalgador. Salía a lomos del corcel y cuando ya no había cruzada o gesta en qué emplear arrestos bélicos y altanería de valor, por su dama incitaba a combate mientras a su vera, compañero inseparable, como el caballo, y con perdón sea dicho, el trovero de su estirpe, o de su fama sin abolengo, cantaba sus proezas. Que otra de las fundamentales características de este caballeresco modo de entender la vida y cuando ya los estímulos humanos acuciados por la aparición y el dominio de la burguesía encaramada desde la baja Edad Media a horcajadas del mundo habían desaparecido del cielo visual que podían mirar los ojos, se encaminaron a superiores invisibles anhelos de espiritualización de lo terreno. Todo, besando la empuñadura de la espada como si fuese una cruz y blandiendo la cruz como si fuese una espada. Por eso en el decurso de los tiempos el monje vistió la armadura y sobre ella se puso el caballero el sayal. Órdenes monásticas y a la vez de caballería, de meditación y de

combate —como la de los Templarios, por ejemplo— habitaron cenobios medioevales al tiempo que, desarraigado de un mundo que le era hostil y en el cual, periclitados tantos ideales, componía anacrónica figura, surgía el caballero de torneo y palenque, de aventura y camino y, en el declive de su señorío, gran parte de la altiva caballería proclamaba una audacia que, radicada en el honor, no repelía la demasía de lo inescrupuloso.

De todo esto, que no ha podido aquí ser más que aludido en cadena de sugestiones momentáneas, puede acaso derivarse como conclusión, que imprimiendo carácter a gran parte de la Edad Media, el orden caballeresco, nacido al flanco, del flanco y, en última divergencia, contra el flanco del monasticismo —el monje y el caballero en abrazo y en pugna, (toda la Edad Media en pie) hasta el predominio de la burguesía, con retiro y transformación que había de troquelar el tipo nuevo tan peculiar como paradojalmente universal del caballero hidalgo, imprimió a la existencia humana un anhelo de formación espiritual. Acaso sin este impulso que se modeló en disciplina del espíritu— ("obra de tal manera que la máxima de tu voluntad no pueda nunca convertirse en ley universal de la conducta'' formula como doctrina del caballerismo Nicolás Hartman) no habría sido posible el Renacimiento. Ya tampoco, desde luego —y esto requeriría el desarrollo de un ensayo— el nuevo humanismo inspirado precisamente en esta espiritual formación de la criatura humana.

Al hablar del "humanismo como iniciativa'' Ernst Robert Curtis ha dicho que "el humanismo de hoy (es decir, de nuestro tiempo) no puede apoyarse en la antigüedad o en el Renacimiento, sino en la Edad Media" y de lo cual concluye que "el nuevo humanismo" ha de ser mediavelismo y restauración.

Es decir: el Caballero cabalga de nuevo y blande su lanza y canta su brío y alza su espíritu porque, acaso, acaso desde el hondo jadeo, desde la congoja y el ansia, el frenesí y el desespero de nuestra época escucha al hombre estremecido y desorientado en su labor de búsqueda de sí mismo que le dice con la misma exacta verdad captada en las palabras trémulas, las mismas del Dante a su maestro Brunetto Latini:

"Tú me enseñaste como el hombre se eterniza."

D I S C U S I O N

DR. MAÑACH: Dra. Novoa, ¿quisiera Ud. iniciar la discusión haciéndole alguna pregunta al Sr. Marquina, o tal vez alguna observación?

DRA NOVOA: No es justamente iniciar la discusión, pero quisiera oírle decir algo más acerca de la distinción que él estableció entre la nobleza y la orden caballeresca.

SR. MARQUINA: En realidad, son dos tipos distintos. La nobleza, en cierto modo, incluso venía impuesta con un cierto imperativo dictamen, independiente de la voluntad del mismo individuo, por razón de herencia, por razón de realengo, por razón de gracia real, etc. El caballero, en cambio, puede surgir por espontáneo, vehemente, natural impulso de la persona que se siente vocada a la ley de caballería, al orden caballeresco. Pero, además, me parece que lo que más define esta diferenciación es, sencillamente que, mientras que el noble tiende a aislarse, a meterse en su círculo, quizá por una desdeñosa y activa intención de no contaminarse, el caballero, por el contrario, sale al exterior, tiene voluntad, deseo, quimera, de influir en el contorno. De aquí, precisamente, que haya nacido un tipo, híbrido quizá en sus primeros tiempos que es el hidalgo, que tiene una como infusa nobleza, que cree también, no voluntaria, sino infusa casi. Quizá de origen casi divino, y al mismo tiempo, de esta endopatía que le hace encerrarse en sí msmo, tiene este empuje caballeresco. Por eso fué, quizá, uno de los primeros aciertos grandísimos de Cervantes llamar a su caballero andante, espejo de noble caballería, "ingenioso hidalgo". Con esta apelación unía quizá la nobleza, la caballería y hasta la picaresca, porque el pícaro se distingue por su ingenio, el caballero no es ingenioso. Al decir "ingenioso hidalgo" reunió, para una síntesis extraordinariamente lúcida de lo español, las tres grandes categorías: el pícaro, el noble y el caballero.

DRA. NOVOA: Muchísimas gracias,

DR. MAÑACH: Muy bien, don Raafel. ¿Cree usted que las Cruzadas corroboran la tesis marxista de que, en último análisis, todos los acontecimiento históricos son la expresión de algún hecho económico?

SR. MARQUINA: La pregunta escapa a mis capacidades, pero en realidad no me atrevería a afirmarlo de manera rotunda. He sido particularmente esmerado en señalar que, efectivamente, el ideal religioso, que engendró el primer movimiento generador de las Cruzadas se desvió. Pero sin que del todo se agotase el otro sentimiento. En realidad, en la Edad Media, cuajaron estos dos sentimientos, que vienen determinados por estas dos corrientes: la monástica y la caballeresca. Ninguna de las dos es propiamente una tendencia materialista. De tal manera, me parece a mí que esas dos son las corrientes significativas, determinantes de la Edad Media, que si nos paramos a contemplar cuál ha sido, en resumen, la expresión cultural de la Edad Media, nos encontraremos con dos monumentos re-

presentativos, enormes los dos en su peculiar carácter: la Suma Teológica y la Divina Comedia. En realidad, ¿qué hay en la Suma Teológica, además de toda su filosofía, de ese desnudar a Aristóteles, por decirlo así, y de todo lo que le había añadido el pensamiento, el comento árabe y el comento judío, sino también un cierto empuje bélico del santo filósofo, una cierta acometida epopéyica, un cierto alarde de entrar bélicamente en la lucha por la verdad, la lucha por los principios fundamentales? ¿y qué hay en la Divina Comedia además de toda su poesía extraordinaria, sino también un cierto sentido épico? Cuando se dice que la Divina Comedia es un poema épico, puede ocurrir que los preceptistas se escandalicen un poco, porque realmente se entiende por poema épico aquel que tiene por raíz un sentimiento patriótico; pero la Divina Comedia, en mi sentir, es también un poema épico, porque Dante, en su inmenso orgullo, creía que el cielo era su patria y cantó al cielo y cantó a la patria. Dante viendo su patria real, verdadera, en el cielo, y el santo filósofo arremetiendo filosofía, como si blandiera una lanza para la defensa de la verdad, creo que son las dos características que se unen para definir la Edad Media, y no tienen nada que ver con la unidad materialista.

SR. MANUEL ZALVA: Dígame, don Rafael, las noticias que nosotros tenemos de esa famosa caballería andante vienen a través de los juglares y poetas de la época, ya que no existía la palabra impresa. Entonces, ¿no será todo exageraciones, aventuras corridas por ellos, simples peleas entre vecinos, a ver cuál se pillaba más, cuál le pillaba más al otro?

SR. MARQUINA: Efectivamente, hay que separar el orden caballeresco, lo que realmente es el mundo caballeresco, de este otro mundo de la caballería andante, que es ficción literaria, resultancia más bien que causa de aquel orden caballeresco. Todo el mundo se sentía caballero, todo el mundo quería hacer grandes hazañas, luchar por su dama, proclamarla la más bella, la más hermosa de todas las damas, y salía al campo a defenderla como fuese; si no había enemigos, se inventaban; si no habían aventuras se inventaban. Cuando el orden caballeresco cuajó en esta forma a que nos hemos referido, ya todo, ya pululaba una porción de literatura de sentido caballeresco que luego cundió extraordinariamente, hasta que le dió el golpe de gracia Miguel de Cervantes.

DR. MANUEL DE LA MATA: Amigo Marquina, quiero insistir en la pregunta que hacía el Dr. Mañach, porque la había pensado antes de él hacerla. Pensé realmente que había sido un avance y me quedé con los mismos deseos que tenía al principio.

DR. MAÑACH: Ya se va estableciendo una corriente de anticipación y de telepatía entre usted y yo, Dr. de la Mata.

DR. MANUEL DE LA MATA: Muchas gracias. De todas formas quiero anticipar ésto. Para evitar suspicacias, declaro paladinamente, y no por cobardía, que no soy partidario del materialismo histórico, que no tengo absolutamente ninguna tendencia ni creencia de tipo marxista. Esto, como anticipación honrada y sinceramente, y nadie todavía que conozca mi vida

ha dudado de mi sinceridad. Ahora la pregunta es ésta: si hay un motivo eminentemente religioso en las Cruzadas, ¿no ocurre que los árabes, que detentaban el Santo Sepulcro, lo mismo que posteriormente lo detentaron los turcos, hubieran podido incitar ese mismo movimiento religioso? Yo pienso y sospecho que más que la creencia en el Islam de los que vivían en "los Santos Lugares", como ha venido llamándose a Jerusalem, fué otra la causa. Pienso que los señores feudales estaban tan acostumbrados a recibir las especias del Oriente, que solamente la interrupción que los turcos establecen, (puesto que los árabes ligaron este comercio del Oriente con el Occidente), viene a ser causa fundamental de las Cruzadas. La carencia y la ausencia de estos productos cuyo comercio los turcos, más fanáticos que los árabes, interrumpen determina esencialmente este proceso de conquista.

SR. MARQUINA: Me parece haber observado que mi amigo, el doctor Mata, llegó un poco retrasado, cuando yo me había referido precisamente a estas mismas cuestiones que él formula en su pregunta. He aludido ya a esas causas al hablar de las Cruzadas y al llamar la atención sobre la dualidad de motivos, es decir, sobre la bifurcación causal que observamos en las Cruzadas.

DR. DE LA MATA: Así que, amigo Marquina, estaba en el estudio desde el principio de la conferencia y he oído citar esas causas económicas, pero de una manera tan incidental, tan secundaria, y dando en cambio una importancia tan primordial a las otras, que me pareció se invertía el orden de valores. Por eso insistía, no por la ausencia de esa mención, sino por una especie de escalonamiento inverso en cuanto a valores.

SR. MARQUINA: En primer lugar, cuando coloco un fenómeno o una situación entre las causas, de ninguna manera me puede parecer secundaria. Con lo que yo he dicho, creo haber anticipado mi conformidad con las palabras del Dr. Mata. Lo que promovió (sobre todo después de la primera Cruzada) el movimiento que llevó a los caballeros y a los mercaderes a Jerusalem, fué más que nada una cuestión de libertad de comercio, de posesión de las vías comerciales. Los árabes habían establecido, como dice muy bien el Dr. Mata, todo un régimen que perjudicaba a Europa, y entonces, para la reconquista de estos mercados, como diríamos, o de estas vías de comunicación, se hicieron principalmente las Cruzadas. Estoy de acuerdo perfectamente.

SR. OTTO JAHKEL: Quisiera que me dijera el Sr. Marquina, si las Cruzadas, como movimiento de masas, como su consecuencia a las guerras que trajeron, hicieron algún aporte a la cultura, la hicieron avanzar o la hicieron retroceder en Europa?

SR. MARQUINA: Más bien la hicieron avanzar.

SR. OTTO JAHKEL: ¿Y me puede explicar cómo?

SR. MARQUINA: Porque atrajeron cultivo y fomento de una porción de conocimientos y disciplinas que los árabes habían establecido ya. Por

ejemplo, en filosofía, todo el conocimiento de Aristóteles, su interpretación. En otros aspectos, los guarismos en matemática, y sobre todo una vulgarización, al mover grandes multitudes por diversas latitudes geográficas, los conocimientos adquirieron una mayor facilidad de difusión, de intercambio, de inferencia, aparte de todo lo que se pudo asimilar de la cultura árabe, entonces muy desarrollada.

DR. BEGUEZ CESAR: No recuerdo realmente el autor que usted citaba y que hacía constar que había que volver a la tesis de la Edad Media.

SR. MARQUINA: Curtis.

DR. BEGUEZ CESAR: Ese corto pronunciamiento, ¿qué relación tiene con la tesis de Berdaieff, de la vuelta a la Edad Media?

SR. MARQUINA: Sería muy largo exponer ahora los fundamentos; pero en realidad lo que yo he querido recordar es que había en el movimiento de la Edad Media en que he tenido que situar el clima del orden caballesco, algo que se puede al mismo tiempo considerar como una presencia en la preocupación humana del trasmundo, de lo que no está en la evidencia aparente, es decir un sustrato o bien, al contrario, una elevación, que no se había tenido en cuenta hasta aquel tiempo. Y al mismo tiempo, una manera de preocupación viva por la formación de la criatura humana conformándola a esta proyección hacia un trasmundo, hacia una cosa que no acaba cuando acaba la vida, y que en cambio no puede haber vida bien orientada, sin la presencia de esta cosa impalpable que no está en nuestra vida.

●

Rosario Novoa y Luis

El arte gótico y la cultura medieval

DOMINANDO el paisaje y con los edificios de la ciudad apiñados en torno, se alza majestuosa y compleja la silueta de la catedral, con sus torres y agujas que hienden el espacio aquí y allá, como expresión suprema de un anhelo que proyecta el espíritu del hombre hacia el infinito: es Chartres, la catedral de Nuestra Señora que esplendorosa se levanta en la dulce tierra de Francia.

Al aproximarse a ella, se destaca en seguida su diseño audaz, el ritmo de sus elementos constructivos, el juego de las luces y las sombras que preparan al encuentro final con sus portadas. Allí, mejor que en parte alguna, puede estudiarse el tránsito del románico al gótico. Las esculturas de sus columnas en las arcadas sucesivas jalonan la trayectoria que conduce desde la rigidez, el dogmatismo y subordinación arquitectónica de los siglos anteriores, hasta el conjunto que remata el tímpano del portal central. El tema, está todavía dentro del repertorio favorito del artista románico: El Juicio Final, en donde Cristo aparece rodeado de los símbolos de los cuatro evangelistas; pero ¡Qué lejos están estas figuras de las que con el mismo asunto se hallan en Moissac! Aquí, un Cristo severo, remoto y vengador, nos recuerda el día de la ira; allá, una figura de bellas proporciones, aire joven y vivaz invita a acercarse.

El interior dividido en naves, según la tradición cristiana, se presenta envuelto en la penumbra coloreada que engendran sus vitrales. Toda la música y la fragancia de una época invaden el

espíritu del visitante haciéndole sentir la exaltación religiosa de que estuvo impregnada aquella edad.

¿Dónde y cuándo soñó el artista, monje o laico, el diseño de este tipo de iglesia? ¿Cómo pudieron articularse en la construcción de uno de estos edificios dos o tres generaciones, sin que podamos apreciar diferencias esenciales en el paso de unas a otras? Unicamente la persistencia de un potente ideal puede explicar este verdadero milagro, nada frecuente por otra parte en construcciones monumentales que se prolongan más allá de la vida de sus iniciadores. Para citar sólo un ejemplo, piénsese en la Basilica de San Pedro en Roma.

En vivo contraste con lo expuesto al principio del párrafo anterior, las catedrales comenzadas en el momento de exaltación del gótico y no terminadas en ese tiempo, ofrecen todavía su perfil inacabado, es éste el caso de las más populares catedrales francesas. La catedral de Colonia es una excepción, iniciada en el siglo XIII se remató en el XIX, rindiendo homenaje a uno de los momentos del arte nacional alemán.

La incomprensión del arte gótico a partir del Renacimiento se explica por una nueva actitud del hombre, que rechaza ahora su pasado nórdico, sin comprender que, heredero de la fe cristiana venida de Oriente, ésta había encontrado su exacta expresión, en el arte medieval, libre de influencias paganas. El gótico es el primer estilo que aparece sin trazas de clasicismo grecorromano, reflejando una voluntad de forma trascendente, acorde con una religión que ponía su aspiración máxima en el más allá.

El término gótico aplicado al arte europeo de los siglos XIII al XV, fué el producto de esa incomprensión de su originalidad creadora. Para sustituirlo se han propuesto otras denominaciones pero por costumbre se ha empleado tanto la palabra gótico para designar la más perfecta manifestación del arte medieval que ha sido imposible desarraigarla. Podría apuntarse que, al aplicar los renacentistas al arte esta connotación despectiva, sinónima de bárbaro, hacían a aquél su mejor elogio, reconociendo su origen nórdico y su alejamiento de las formas conocidas. Hoy generalmente se admite que el gótico es la expresión artística de las razas nórdicas. Batalla que el norte ganó al sur. El fruto de esta victoria

fué de escasa duración, pero de trascendental importancia, pues ha legado a la posteridad uno de los grandes estilos históricos.

A mediados del siglo XII, el estilo románico —pesado y sombrío— alcanza la época de su mayor apogeo. Entonces Europa, sembrada de abadías y monasterios, centros de actividad febril, no presentía que de repente el hombre en rápido viraje se lanzara a una nueva aventura arquitectónica. Del edificio que parecía alzarse tímidamente del suelo, mole de piedra inerte, aligerada apenas por la gracia de sus relieves, las estrechas ventanas y las torres que se erguían luchando contra la horizontalidad del conjunto, brotó, esbelta y fina, toda ritmo y animación, la catedral gótica, expresión de un impulso de verticalidad y movimiento.

Hasta el románico inclusive, la arquitectura pétrea se desarrolló teniendo en cuenta las limitaciones inherentes al material empleado y destacando los elementos de carga y sostén de la estructura. Grecia dió el más bello ejemplo de construcción "con" la piedra; con razón se ha dicho que "logró, sensualizando la piedra, realizar plenamente la belleza de lo orgánico".

La arquitectura gótica es el primero y único caso en que se emplea la piedra y sin embargo no se construye **con** la piedra sino **contra** la piedra. Negó a este elemento su pesantez transformándola en vehículo de expresión, parece como si el arquitecto doblegará las cualidades del material empleado, espiritualizándolo, de igual modo que la iglesia combatía los instintos del cuerpo sublimándolos en impulsos elevados. De la piedra, contrariada en su esencia, surgió el poema de la catedral, y del hombre, dominadas sus pasiones, un cántico de salvación. Ambos, poema y canto, son las expresiones de una fe sincera y segura en el destino futuro.

Entre los caracteres del arte gótico, es indiscutible la originalidad. No importa que sus rasgos constructivos más típicos: arco de ojiva, contrafuerte y arbotante fueran conocidos y empleados anteriormente, porque el constructor gótico, creador de una estructura lógica, racional y compleja, modelo de arquitectura dinámica, los dota de nueva vida. Aquí, las fuerzas desatadas por el arco y la bóveda se llevan al exterior del edificio, en un alarde de sinceridad funcional y maestría constructiva. Esto per-

mite liberar el interior de macizos inútiles y descarga las paredes de su viejo papel de soporte, convirtiéndolas en un calado de piedra que sostiene la maravilla de los vitrales.

Epoca de comunicaciones lentas y difíciles, soprende el brote simultáneo en casi toda Europa de este nuevo estilo arquitectónico que requiere un esfuerzo enorme de energía humana y la inversión de incalculables riquezas. El siglo XIII, tiempo de prosperidad y relativa bonanza, es el momento por excelencia de las grandes catedrales europeas. Estas son el resultado de las transformaciones de la vida medieval que se concentra en las ciudades, núcleos de actividad comercial e industrial, en las cuales el trabajo del hombre libre va mitigando, poco a poco, la antigua condición del siervo. Una conciencia cívica y un espíritu de cooperación va abriéndose paso, haciendo surgir los gremios y corporaciones, pero todavía bajo el amparo de la iglesia y la protección de un santo.

Esta unión de la actividad cívica y religiosa explica el extraño fenómeno de la dedicación de un pueblo entero, sin distinción de clases ni edades, a la construcción de la obra para ellos más importante: la Catedral, compendio de amor y de fe, mezcla de orgullo laico y sentimiento religioso, que parece conservar todavía la energía vital de su tiempo.

Durante los siglos posteriores a la invasión de los pueblos germanos, la escultura monumental desapareció casi por completo por razones obvias, pero después al hacer su aparición el estilo románico vuelve a ocupar un lugar preponderante. Iglesias y conventos se convierten en un verdadero catecismo en imágenes. Estas figuras desproporcionadas, expresivas e ingenuas en la forma, dogmáticas y deshumanizadas en el contenido, las hallamos en número incontable en los capiteles historiados y los grandes conjuntos de las fachadas de la época.

De la escultura románica, surge la gótica en el siglo siguiente. Esta nueva modalidad de la plástica será más humanizada y bella en la forma, más emotiva en su contenido y rápidamente liberará a la escultura de su antigua sumisión a la arquitectura, haciendo adquirir a aquélla valor independiente.

Las fuentes donde toma su temario son más abundantes que

en época anterior; junto a los temas sagrados aparecen asuntos profanos: escenas de la vida diaria, flora y fauna locales, retratos de individuos, etc. Toda la riqueza y variedad de la existencia traducida en piedra por la obra anónima de artistas sinceros y humildes. Los talleres encargados de producir las esculturas para la catedral, vieron salir de su seno millares de figuras talladas directamente y cuidadosamente esculpidas en todos sus detalles importándole al artista muy poco que por el lugar que se le destinaba apenas pudiera notarse su primorosa ejecución.

Escultura doblemente popular por ser la obra del pueblo en su sentido colectivo y anónimo y por permitir junto a las figuras sagradas no sólo nobles y caballeros, sino humildes hombres de trabajo. Así, llegaron a incorporarse a la masa pétrea de la catedral albañiles y toneleros, agricultores y sastres, adquiriendo la vida eterna por este arte inmortal. Además leyendas y supersticiones dieron forma visible a un mundo de seres fantásticos de manera tan convincente, que no cuesta trabajo comprender que estos hombres creían en ellos sinceramente.

Los caracteres de la producción escultórica de estos siglos, revelan un poder de creación, una riqueza de formas y una amplitud de contenido, que la sitúan como etapa singular en la historia del arte de la forma.

Complemento de la arquitectura y la escultura, son las artes del color: vitrales, ilustración de libros, telas y finalmente pintura; aspectos que reflejan la unidad esencial del gótico en todas sus manifestaciones.

El arte del vitral emplomado con su colorido mágico, crea en los interiores la atmósfera adecuada al sentimiento de la época. Intuitivamente el artista vidriero manejó su paleta logrando efectos casi imposibles de copiar. Adivinó el papel de los tonos azules y rojos, el primero capaz de envolver en suave temblor los demás colores al dejar pasar la luz y reflejarla, el segundo, cálido en sí, inerte en cambio para reflejar la luz y fundirla en los otros tonos. Supo el valor de los complementarios en oposición, y también conoció la profundidad y riqueza que sabios toques de negro dan al color. Así creó, una modalidad decorativa tan suntuosa como el mosaico bizantino, pero infinitamente superior como creadora

de ambiente, al lograr la fusión íntima del espacio interior finito con el infinito exterior.

La ilustración de libros arranca desde muy antiguo; puede decirse que Egipto la inicia con las escenas pintadas en el "Libro de los Muertos'' como ilustraciones a las fórmulas y conjuros allí escritas. Pero es en la Edad Media donde este arte lanzó su máxima floración. Sus etapas merovingia, carolingia y románica, ofrecen medio seguro para conocer lo que otras manifestaciones artísticas no revelan.

El período propiamente gótico, que comprende desde el siglo XIII al XV, representa la fase final de un arte cuya decadencia ocurre con la invención de la imprenta. Los libros escritos a mano, sobre pergamino o vitela, se ilustran a la acuarela o a la gouache (procedimientos de pintura al agua) y van desde el ejemplar minúsculo que cabe en el hueco de la mano hasta los grandes tomos que requieren atril para su manejo. La pintura decora las iniciales, rodea con una orla la página e intercala escenas o figuras sueltas, primero sobre fondos dorados, después sobre arquitectura o paisaje. El dibujo minucioso, delicado, y el colorido rico y brillante, caracterizan estas pinturas, obras de religiosos primero, de laicos más tarde.

Por su contenido los libros nos informan las variadas cuestiones que interesaron al hombre medieval. En el siglo XIII junto a psalterios hallamos biblias y libros de horas; crónicas históricas y poemas de amor. En los dos siglos siguientes disminuye la producción de sentido religioso haciéndose más frecuente la publicación de Calendarios, Leyes y Decretos Reales.

En la historia del arte medieval la pintura como arte independiente es la última en hacer su aparición, que no es tampoco simultánea para toda Europa ya que Italia se anticipa al norte en casi un siglo. En Flandes la pintura de caballete al óleo, procedimiento flexible que permite retoques, nace por la eliminación de las paredes que son sustituidas por vidrieras. En Italia surge de la tradición bizantina, recibiendo un impulso renovador proveniente del movimiento franciscano, empleándose principalmente el fresco y la témpera. Los nombres de los Van Eyck y Van der Weyden para Flandes, Giotto y Duccio para el sur, son suficientes

para destacar la importancia de la pintura, última manifestación de la religiosidad medieval y tránsito a la del renacimiento. Arte no anónimo sino individual, en que casi siempre se conoce al autor: un nombre, una personalidad, una biografía.

De lo expuesto se desprende que la época estudiada, sobre todo el siglo XIII, es el siglo de la catedral, compendio de ideales, síntesis además de la civilización que la produjo. Así ha podido llamársele: Enciclopedia en piedra; compendio del saber medieval en sus dos aspectos: divino y profano. ¿Dónde hallar la razón de semejantes afirmaciones? El siglo XIII ofrece el despertar de una intensa curiosidad intelectual y de un afán de saber, que explica la fundación de universidades como París, Bolonia y Salamanca. Pero éstas se hallaban bajo la influencia directa de la iglesia deseosa quizás de controlar el peligroso entusiasmo por aprender y analizar importantes cuestiones que ya comenzaban a preocupar la mente del hombre.

La publicación de libros como el Speculum Majus de Vincent de Beauvais, indican la aspiración al saber enciclopédico. Finalmente la Suma Theológica de Santo Tomás de Aquino, tantas veces comparada con la catedral, representa el esfuerzo máximo de conciliación de la Razón y la Fe como expresión de una filosofía cristiana.

Las rudas costumbres primitivas sufren una apreciable transformación, sirva de ejemplo el culto a la dama que se une al culto a la virgen María, realizándose así la fusión del amor humano con el divino. La virgen se concibe como la madre por excelencia, capaz de comprender los sufrimientos humanos, intercesora entre Dios y los hombres que a ella se dirigen con las más tiernas expresiones.

Entre la producción literaria rica y variada mencionaremos la poesía, las narraciones legendarias, los cantos de amor y de guerra, atisbos de novela, drama sagrado y ensayo de teatro cómico. Es la época de Dante y Alfonso El Sabio.

Si pensamos en la cultura de esa época en relación con la difusión de los conocimientos y la profundidad de los mismos, tendremos que concluir diciendo que fué un tiempo de gran ignorancia. Pero si entendemos por cultura el conjunto de los va-

lores más destacados existentes en una sociedad en un momento determinado de su historia, la Edad Media fué una época culta y así nos lo dicen, entre otras, sus manifestaciones artísticas.

El esbozo realizado en estas páginas no acentúa las sombras, presentes en todo cuadro terminado, porque siendo sólo bosquejo impresionista destaca los elementos positivos de aquella edad.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Posiblemente, Sr. Marquina tenga usted alguna observación o alguna pregunta que hacer a su compañera de mesa.

SR. MARQUINA: Ha hablado reiteradamente, con acierto, de que se pasó del románico al gótico. Por lo poco que yo sé de esta cuestión, en España, donde el gótico tuvo espléndidas manifestaciones y además muy distintas, puesto que se puede hablar de un gótico castellano y de un gótico catalán, por ejemplo, antes hubo una manifestación que ya no podemos tener como simbolizada pétreamente en la catedral, sino en el monasterio y que constituye un estilo en sí mismo, un estilo que se ha llamado cistercense, es decir, impuesto por la orden de Císter en sus monasterios. En España, modernamente se le admite ya como un estilo intermedio entre el románico y el gótico. Yo desearía saber si este fenómeno se ha producido en el paso del románico al gótico en otros países.

DR. NOVOA: En general, no. Por lo menos a mí me parece que el románico incluye en el resto de Europa, en Francia fundamentalmente, todas las órdenes, y de la del Cister por supuesto, en cuanto a sus caracteres generales. Pero como en España hay un punto y aparte por la influencia de otro tipo que no se ve en Francia, ni en Alemania, ni en Flandes, España sí puede presentar un caso aparte también en la transición del románico al gótico. No perdamos de vista que el gótico español tiene, por una parte, una influencia francesa muy marcada; por otra, una fuerte influencia árabe, todo lo cual hace que el gótico español sea una zona muy distinta al del resto de Europa. Es también el caso de Italia, pero por otras razones diferentes. Por eso usted verá que no he mencionado aquí ninguna catedral española. No por considerarlas menos interesantes, sino porque sería cuestión de otro punto de vista diferente. Como se admite en general, aún por los mismos alemanes, que es Francia uno de los lugares y no el único, de nacimiento del gótico, es allí adonde he dirigido mi mirada en cuanto a la transición. Pero el tipo de abadía y de monasterio en general en toda Europa es el tipo de construcción románica, que para Francia, Italia e Inglaterra, representan luego la transición del románico al gótico. En España, por otras razones históricas, presenta una etapa intermedia, que no es románica ya, y tampoco gótica, sino que representa el estilo especial de una orden religiosa.

DR. MANUEL DE LA MATA: Hay en relación con el gótico, y principalmente con las catedrales, una frase que suele decirse: expresión en piedra del sentimiento y de la ideología cristiana. Y yo estoy recordando que en uno de los libros de las Sagradas Escrituras, en el Exodo, hay un versículo que dice aproximadamente esto: "Altar de tierra harás para mi, y si lo hicieras de piedra, no levantes sobre ella tu cincel, porque es sacrilegio". El espíritu cristiano me parece señalar, a través de esto, que los palacios, las cosas artísticas elevadas, no son del agrado de Dios. Por eso me parece que las catedrales no son expresión del Cristianismo, sino más bien de una técnica, de unas condiciones, posiblemente de la carencia de luz, que obliga a abrir en las paredes grandes aberturas para que penetre la poca luz que hay en el Norte, en contraposición con el románico que hay en el Sur. Así pues, dentro del espíritu cristiano habría un sentido de repulsión a lo que no fuera humildad, a lo que no fuera el pesebre bíblico o algo que no hiriera, con el orgullo del hombre, el sentido de humildad que el cristianismo ha querido hacer resaltar.

DRA. NOVOA: En primer lugar, el románico no es solamente típico del Sur. Recuerde usted el románico alemán, que es interesantísimo, y el románico de otros países de Europa muy al norte, que tiene un interés extraordinario, y todos los caracteres que le da la época románica, en los cuales no vamos a entrar, porque no hay tiempo. También el románico era ya de una suntuosidad extraordinaria, de modo que el románico estaría también fuera de ese altar de tierra del Exodo. Pero el Dr. Mata sabe muy bien que el Cristianismo, lo que conocemos como Cristianismo, ha evolucionado tanto partiendo de esas ideas fundamentales, que si nos ajustásenos a esas enseñanzas escritas en el libro del Exodo, tendríamos que volver a un punto de partida muy lejano de aquel en que estamos ahora. No creo que el gótico y la catedral sean el producto solamente de una técnica, ni que sea la respuesta a una condición climática, porque el románico, en ese caso, hubiera tenido que abrir ventanas, y al contrario, las eliminó. Usted conoce muy bien la arquitectura románica española y en general, la de toda Europa, en la cual el clima no pesó, no hizo falta luz en esa época. Hay otros elementos que no son solamente el clima y que no son solamente los elementos de la perfección de la técnica. Considero que la etapa románica es la más interesante de la arquitectura de Occidente, porque en ella están todas las funciones góticas dadas, aunque no explotadas. ¿Por qué, de repente, el hombre abandona aquéllo que ya había conquistado en el románico, y que era bueno, que había probado servir, que había logrado inclusive vestirla de una escultura adecuada? ¿Por qué, en 50 años o en 40 años, abandona eso y da un salto en el vacío? Tiene que haber otras razones, y no creo que sea demasiado exagerado atribuirlas, primero, a una mayor confianza en el hombre. El hombre adquiere una confianza en sí mismo que no ha tenido antes. Además, hay que tener en cuenta que ese Cristianismo, a que usted aludió, es el Cristianismo de Oriente, y la catedral es el producto de las razas del Norte, que tenían

un impulso vital distinto, como recordará Ud. si ha leído a Worringer. El Cristianismo fué asimilado por las razas nórdicas; estaba elaborado ya a lo largo de una serie de elementos tan diferentes que es lo que permite decir, como he dicho yo aquí, sin ser una innovación ni mucho menos, que el estilo gótico representa el primer estilo sin trazas del clasicismo grecoromano. Es decir, que es más cristiano en cuanto tiene menos elementos paganos en su base, que todavía se encuentran en el románico; y no hay que hablar del estilo cristiano primitivo, que es una versión, casi sin repararse en la forma, del arte pagano. Además de todo eso, hay las circunstancias de carácter externo. No podría impresionar la Iglesia, no podría impresionar la religión, con un altar de tierra; requería algo más, y se le une el orgullo cívico del siglo XIII en adelante, se quería al mismo tiempo tener la catedral mejor y más grande, hasta el punto que algunas catedrales son verdaderas competencias en altura, y se produce algo semejante a lo del rascacielo moderno; quiere tener cada catedral una aguja un poquito más alta que la otra. Es decir, que el impulso religioso se va transformando en impulso de superación, que no tiene que ver ya con el fundamento religioso. Pero creo que no es exagerado decir que es expresión del sentimiento religioso cristiano elaborado ya por todos esos factores externos. ¿He contestado su pregunta?

DR. DE LA MATA: Me ha encantado todo lo que ha dicho, y considero contestada mi pregunta, porque realmente ha afirmado, a través de sus palabras, que, en efecto, se sale de lo puramente religioso para pasar al orgullo humano.

DRA. NOVOA: Sí, las dos cosas son verdad.

DRA. ANITA ARROYO: Yo quiero hacerle una pregunta concreta que me parece interesante y que a ella le ha de agradar mucho, que es, saltando al otro extremo, preguntarle a la Dra Novoa, ¿qué interés tiene ese arte gótico en el arte contemporáneo, especialmente en la pintura?

DRA. NOVOA: Bueno, el arte gótico en general no creo que llegue. Lo que ocurre es que algunos elementos de la pintura gótica, sobre todo los primitivos de la pintura gótica, y no en general, sino los del Sur, los de Italia, presenta una actitud frente a la realidad semejante a la de algunos pintores contemporáneos. Recuerdo, ya que la Dra. Arroyo me hace esa pregunta, que una alumna en un curso breve que tengo el gusto de llevar en la Universidad, en una lección de seminario encontró semejanzas extraordinarias entre la pintura de Duccio y la pintura de algunos contemporáneos, incluyendo a Piccaso... El mismo tipo, la misma forma de tratar el color, la misma simplificación del diseño; llegó a conclusiones muy interesantes.

●

XVIII

José Favole

Dante Alighieri

UNA lección sobre Dante, que abarque algo de la vida y de la obra del poeta, inexorablemente limitada a quince minutos, presupone en quien la dicta una facultad de síntesis sobrenatural. Carente de tal facultad, he aceptado, sin embargo, impartirla, obtemperando a tres motivos fundamentales: primero, porque venir a esta Universidad del Aire, por donde desfilan personalidades tan prestigiosas de la cultura, es un alto honor; segundo, porque la invitación me ha sido dirigida con exquisita amabilidad por su Director, el doctor Jorge Mañach, y el ser seleccionado por un hombre tan ilustre como él constituye de por sí un halago, por encima, naturalmente, de mis merecimientos, pero al que resulta bastante difícil sustraerse; y, finalmente, porque en mi experiencia profesoral he procurado seguir siempre la norma didáctica, que una lección, por muy breve o sencilla que sea, o **amena de divulgación,** como se me ha señalado en este caso, puede marcar rumbos, abrir caminos, en suma, despertar en quien nos escucha intereses que el maestro ni siquiera sospecha y que, a veces, fructifican en la más ópima de las cosechas.

Como Homero, Virgilio, Cervantes, Shakespeare y Goethe, Dante pertenece a la pléyade de los **apátridas**, en la más elevada acepción del neologismo. Es decir, que, como aquéllos, Dante deja de pertenecer a la nacionalidad del país en que vió la luz, para convertirse en ciudadano del mundo. ¡Tanta es la influencia que ejerce en las generaciones posteriores de todas las latitudes!

Y, en efecto, parece que él mismo presintió que habría de liberarse de los vínculos estrechos de su patria, al escribir al principio de la Divina Comedia: "Incipit Comoedia Dantis Alig-

herii, Florentini natione, non moribus" —Va a dar comienzo la Comedia de Dante Alighieri, florentino por nacimiento, mas no por costumbres— y al proclamarse **ciudadano del mundo** en su famosa carta: Popule mi, quid feci tibi? —Oh pueblo mío, ¿qué te he hecho?

Italia, en aquellos tiempos, no era una nación unida e independiente. Estaba dividida, como todos sabemos, en tantos estados, pequeños territorialmente hablando, aunque algunos grandes por sus riquezas, sus guerras, sus artes, sus letras y su comercio. Y Florencia era unos de esos pequeños grandes estados, regido a república, donde se debatían hondas discordias intestinas entre dos enconadas facciones: los Blancos y los Negros, que eran una especie de ramales de los Güelfos y Gibelinos, partidos políticos extendidos por toda la península, adictos, los primeros, al poder del Papa, y secuaces, los segundos, del Emperador de Alemania.

Pues bien, en Florencia, un día del mes de mayo del año 1265 nació Dante Alighieri. (El nombre de Dante es una abreviatura de Durante, su verdadero nombre de pila). Su padre era un noble ciudadano, jurisconsulto de profesión, poseedor de considerable fortuna.

A los nueve años de edad, en una fiesta en casa de Fulco Portinari, Dante vió por vez primera a Beatriz, encantadora niña de ocho años, hija del anfitrión. Pese a su corta edad, como nos lo dice en su obra "Vida Nueva", se enamoró apasionadamente de aquella criatura, a tal extremo, que no sólo le consagró toda su vida, sino que la inmortalizó en su divino poema, como el símbolo de la más alta de las ciencias y la convirtió en un sér sobrehumano.

Según Hartzenbush, la naturaleza favorece a los hombres extraordinarios con raros privilegios; por lo cual no resulta extraño que Dante tuviese a los nueve años facultades de corazón capaces de sentir por Beatriz un verdadero y perdurable amor.

No llegó a casarse con ella, sin embargo. Ni siquiera sabemos si fué correspondido en su amor. Lo cierto es que Beatriz contrajo nupcias con un tal Simón de Bardi y murió al poco tiempo de casada, cuando tenía veinticuatro años.

La pérdida de Beatriz fué un golpe rudo para el poeta. "No

hablaré de ella —escribió— hasta que me sea dable hacerlo dignamente. Si a Aquél, por quien todo existe, place alargar mi vida, decir espero de Beatriz lo que de ninguna mujer se ha dicho". Y cumplió con creces su promesa.

La familia de Dante pertenecía al partido de los Güelfos, o sea a los adictos al Pontífice. Dante, hombre de letras y de vasta cultura, como noble caballero al fin, había aprendido también el arte de la guerra y hasta hubo de pelear valientemente en la batalla de Campaldino el año 1289 a favor de sus familiares; pero luego se enemistó con los Güelfos y se pasó a los Gibelinos, partidarios del Emperador de Alemania.

Ocupó cargos diplomáticos importantes y fué nombrado uno de los seis Priores de Florencia, que eran los magistrados supremos.

Un año después de la muerte de Beatriz, se casó con Gemma Donati, de la cual tuvo numerosa prole. Empero, en su matrimonio no logró la felicidad; lo que se explica en quien tanto amara a Beatriz, aunque fuese como amor platónico, muy independientemente de los sentidos.

Cuando Carlos de Valois, hermano del Rey de Francia, Felipe el Hermoso, por instigación del Papa Bonifacio VIII, restableció el orden en Florencia, regresaron a esa ciudad los Negros, que habían sido expulsados por consejo de Dante, y ellos, en venganza, condenaron al poeta a dos años de destierro y a crecida multa pecuniaria.

Encontrábase Dante, a la sazón, en Roma, y, al conocer su condena, decidió no volver a Florencia, por lo cual fué sentenciado a perecer en la hoguera. Esa bárbara condena fué más tarde modificada, pero las condiciones que le impusieron para poder retornar a su patria fueron tales que Dante las consideró inaceptables y nunca más volvió a Florencia.

En Italia erró de ciudad en ciudad; hasta se dijo que fué a París y a Oxford. Se estableció, por fin, en Ravena, huésped de Guido Novello da Polenta, pariente de Francesca da Rimini, la infortunada amante inmortalizada con Páolo en su obra divina; y en aquella ciudad, a los cincuenta y seis años de edad, murió el 14 de septiembre de 1321.

Nos dejó muchas canciones y sonetos. Recopiló muchos de ellos, acompañados de notas y comentarios, en un libro que tituló "Vida Nueva". Muchas otras canciones con comentarios constituyen su obra "El Convite". Escribió dos tratados en Latín: el "De Vulgari Eloquentia" y el "De Monarchia". Y, finalmente, su Comedia, distribuida en tres cánticos: el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, subdivididos en cantos, compuestos en tercetos rimados.

Dante fué un hombre desdichado, desde su misma infancia, cuando conoció a Beatriz. En la edad viril no pudo prestar a su patria los servicios que se proponía; fué desconocido por sus propios conciudadanos, privado de sus escritos, condenado injustamente, desterrado, errante, pobre, obligado a tender la mano para recibir un pan amargo. Solo, casi sin trato con los hombres, perseguido, no se dejó nunca envilecer. Su vida es tan valiente como sus versos. Jamás se separó de la fe, ni dejó de amarla hasta el último momento, escribiendo siempre por la mujer que lo inspiraba, por su patria y por su Dios.

Cuando en 1516 Bernardo Stagnino publicó la vigésimanona edición del poema de Dante, lo llamó: "La Divina Comedia", valiéndose del epíteto que le había dado Bocaccio en su "Vida de Dante". Es éste el origen del título "Divina Comedia", y, desde aquella fecha, nadie se ha atrevido a revisar tan legítima posesión, que perdura a través de los siglos.

Ahora bien: se ha dicho que Dante fué destinado por la Providencia a escoger, de las riquezas juntas por las edades que lo precedieron, las que habían de ser la herencia y rica dote de las venideras. Ha sido llamado el Homero cristiano, el Aristóteles moderno, pues su inteligencia abrazaba los conocimientos existentes entonces, en toda su extensión.

Fué poeta, músico, teólogo, dibujante, filólogo, naturalista, astrónomo, historiador y matemático. Sus obras constituyen una verdadera enciclopedia, y su lectura y comprensión necesitan de infinitas aclaraciones y múltiples comentarios.

Italia debe a Dante su lengua y la sublime profecía de la nación italiana. Mas, sobre todo, le debe el sentimiento tan justo y tan exacto de la belleza externa que se percibe en la

poesía italiana y que no se encuentra en la de otros países hasta mucho más tarde.

Toda la humanidad moderna le es deudora de la enseñanza de lo verdadero, de lo bello, de los más nobles sentimientos morales y religiosos. Y es que Dante, a diferencia de Homero y de Virgilio, quienes celebran las glorias de Grecia y el origen divino del pueblo romano, respectivamente, canta la gloria de Aquél en cuya mano están los pueblos todos de la tierra, que es obra suya. Sobre la puerta del Infierno encontramos estas sentenciosas palabras: "Giustizia mosse il mio alto fattore"; es decir, la justicia de Dios en la vida eterna, para aviso de los hombres en este valle de lágrimas: pensamiento tan elevado, tan por encima de las epopeyas anteriores todas, como la única religión verdadera sobre todas las teogonías creadas por la imaginación humana.

Sin embargo, en su profesión de fe política, Dante pone al Imperio enfrente de la Iglesia y defiende la conveniencia de una monarquía universal. Dante es el artífice de una edificación social, porque es él mismo la personificación del alma humana. Es verdad que la revelación y la teología nos abren las puertas del cielo, pero al estado anárquico del mundo sólo puede poner fin un poder universal. Y Virgilio le anuncia que llegaría un Mesías el cual arrojará al infierno la codicia, origen de toda injusticia sobre la tierra.

Los tiempos en que vivimos están marcando el paso hacia la realización de esa concepción, formulada en lejana centuria por el genio de Alighieri.

Inflúido por las preocupaciones políticas de su época, Dante tiende a considerar casi todas las virtudes y vicios desde un punto de vista político; y los tipos de deformidad moral que nos presenta, escogidos entre los personajes que más sobresalieron entonces, son, al fin y al cabo, los mismos que actúan en la actualidad. Los juicios que hace de los hombres y de los hechos son la muestra de su independencia, y, aunque bebe en las teorías aristotélicas y escolásticas, Dante mantiene libre su espíritu en toda su obra.

Bajo la máscara de los culpables que flagela y tortura, no debemos ver sólo a los personajes de su época. Lo que Dante

condena a la execración de la posteridad es la infamia, la traición, la vileza, la sed de oro y placeres, la venalidad y la simonía.

Después de seis siglos, aparece como un genio cada vez más robusto, profundo y creador, que no puede compararse con ninguno de los poetas que le precedieron o lo sucedieron.

Dante es el resumen de toda una edad, pero, sobre todo, el valiente profeta de un más luminoso porvenir.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Querría usted, Padre Jiménez, hacerle alguna pregunta u observación al Dr. Fávole en relación con su hermosa conferencia?

PADRE JIMENEZ: Observación, ninguna. Una pregunta, y esta pregunta es sincera, porque nace de la ignorancia que tengo del tema. ¿Es cierto que Dante, en sus opiniones teológicas, se inspiró en Santo Tomás de Aquino?

DR. FAVOLE: Bueno, los comentaristas todos, (sobre todo, Torraza) insisten precisamente en eso: que Dante, en casi toda su concepción filosófica, bebe en esa fuente. El es un aristotélico y un escolástico sin duda.

PADRE JIMENEZ: ¿Conoce usted algo de que, no sé si lo he soñado o lo he leído, de que hay quien niegue esa inspiración tomista de Dante?

DR. FAVOLE: Bueno, Padre Jiménez, le voy a decir. Usted sabe que en Italia se han establecido cátedras de Dante y se han creado inclusive programas llamados de "Lectura Dántica". Figúrese usted, se han escrito tantos volúmenes sobre todas estas cosas, que entre los rebuscamientos para poder hacerle decir hasta Dante, hasta lo que no ha dicho nunca, ha habido también quienes han negado completamente la religiosidad y la filosofía escolástica de Dante para convertirlo en un pagano, sobre todo porque todas las concepciones alegóricas que tiene del paraíso y del purgatorio son, al fin y al cabo invenciones de su fantasía Por esta razón, aunque no soy un dantista profundo, porque esa no es mi materia, yo no dudo de que haya habido quien haya querido negarle la influencia teológica a que usted se refería.

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Piensa el doctor Fávole, que predomina fundamentalmente el sociólogo sobre el teólogo en Dante, en la obra, es decir...?

DR. FAVOLE: ¡Ah! sin duda, sin duda. Fíjese cómo yo termino precisamente mis palabras diciendo que es el creador de un edificio social; sin duda.

SR. ZALBA: Dígame, Dr. Fávole, usted ha dicho en su conferencia que Dante era más bien un universalista, ¿no?

DR. FAVOLE: Sí, aboga por una monarquía universal. Naturalmente, en aquel entonces no podía concebir más que el monarca, el monarca en

el sentido etimológico de la palabra, no en el sentido de rey como le damos nosotros hoy en día. Lo concebía como un único organismo que pudiera regir los destinos del mundo, para que estuviera en paz; y yo señalo que, a mi modestísimo entender, estamos caminando macia eso.

SR. ZALBA: De acuerdo con nuestro concepto moderno de las cosas, ¿usted no cree que eso fuera una especie de primeros pasos de un anarquismo, no anarquismo en la palabra mal entendida, sino anarquismo en su más pura acepcción, o sea, una humanidad sin fronteras?

DR. FAVOLE: Bueno, por eso es por lo que aboga él, por un imperio general, en que por un lado debía existir un poder espiritual, y por el otro un poder temporal. Nosotros hoy en día no podemos hacer una referencia exacta al pensamiento social de Dante con vista a los tiempos modernos, en cuanto al poder espiritual y en cuanto al poder temporal. Hoy en día hablamos de un gobierno único; por lo menos Dante aspiraba a un gobierno único, que en nuestra concepción moderna consistiría en que hubiera efectivamente una nación que rigiera los destinos de todo el mundo, que hiciera tábula rasa de todas las fronteras y discriminaciones, y que pudiéramos definitivamente, echando a un lado la codicia que él condenó tanto, llegar a un entendimiento general, que nos permitiera un buen día vivir en paz. Quizás eso no esté tan lejos.

DR. MAÑACH: Dígame, Dr. Fávole, habida cuenta de las referencias que hizo el Padre Jiménez a lo que pudiéramos llamar, de una manera simplista, el anti-feminismo de Santo Tomás de Aquino, ¿cree usted que esa exaltación de Beatriz por el Dante, es un rasgo ya que pudiéramos calificar de renacentista frente al sentimiento medieval?

DR. FAVOLE: Bueno, Dr. Mañach, yo lo considero perfectísimamente así. Usted sabe que en Dante no solamente hay amagos de renacentismo en cuanto a la glorificación de Beatriz, sino que como humanista, como amantísimo que fué del arte, sobre todo, y de los tesoros que se habían guardado durante la Edad Media en que él vivía, es un prerrenacentista sin duda; y el haber escogido como guía en todo aquel largo viaje al más grande de los poetas latinos es la afirmación más rotunda que yo puedo dar a su pregunta.

SR. OTTO JAHKEL: Dr. Fávole, ¿usted me quisiera aclarar si Dante reúne las cualidades en su obra, si denota su presencia a través de toda ella, y, además, se plasma en el ambiente de su época? ¿reunía esas dos condiciones?

DR. FAVOLE: La característica principal de la Divina Comedia es ésa. Por la limitación del tiempo, no pude extenderme en consideraciones pormenorizadas acerca del poema, lo cual llevaría infinidad de tiempo; pero, ciertamente lo que se le reconoce, aparte de múltiples otros méritos, es esa unidad que ha dado él al poema con su personalidad, que retiene en todo momento el interés de quien lee. Como Homero, es un gran objetivista; sabe retratar y plasmar todo lo que ve en la naturaleza. Lo que sí tiene sobre Homero, en cuanto a la concepción del poema, aparte del fac-

tor religioso que he citado, es esa unidad, porque es siempre él el que está ligando canto tras canto; no deja ni un solo momento, y nosotros podemos seguir todo lo que él hace de filosofía, de sociología, de arte, etc., precisamente observándolo nada más, y oyéndolo preguntar, y oyendo lo que le contestan. Así que creo que, efectivamente, ese es su mérito, uno de los méritos principales.

●

XVIII

P. Basilio Jiménez

Tomás el Aquinate

YA que de lección sobre Tomás el Aquinate se trata, voy a procurar que su espíritu de sobriedad y de orden animen esta charla. Entramos pues sin más preámbulos en materia tratando primero del hombre sabio y santo; segundo, de su obra; tercero, de su mensaje a nuestros días y ya tenemos, como diría Unamuno, la consabida trinidad.

EL HOMBRE SABIO Y SANTO

¿Quién fué Tomás de Aquino? Contra lo que muchos creen fué un recio luchador que no se rindió sino a fuerza mayor. Su vida fué un continuo batallar por los fueros de la verdad. Por la verdad de su vocación contra las ambiciones de su propia familia; por la verdad filosófica obscurecida por el racionalismo de los averroístas; por la verdad del derecho de las nuevas Ordenes Religiosas a ocupar cátedras en las Universidades; por la verdad aristotélica contra la inercia mental de teólogos y prelados hostiles a toda fecunda innovación. Pero nada de esto iguala a la tenaz, intensa, íntima actividad de su espíritu; a la prodigiosa labor reflexiva que ocupa toda su vida desde sus más tiernos años.

Todos sabéis el episodio. Tomás confiado a los Benedictinos de Monte-Casino pregunta a los monjes: ¿Quién es Dios? Y el secreto móvil de su vida no fué otra cosa que un perenne esfuerzo por conocer quién es Dios; como si adivinase que de Dios verdad subsistente dimana toda sabiduría como de su primera fuente y cuando en El se funda, es inconmovible y eterna.

De unos catorce años sería cuando fué enviado a la Universidad de Nápoles. En esta ciudad conoció a la recién fundada Orden de Santo Domingo, cuyo género de vida también se avenía con su vocación intelectual, en donde, en un ambiente monacal de recogimiento, podía entregarse a sus altas especulaciones.

A más de su ingreso en la Orden de Santo Domingo otro acontecimiento providencial vino a favorecer su excepcional inclinación al estudio. Este acontecimiento fué el que un estudiante genial encontrase un maestro genial. Este es el caso de Alberto y Tomás. Alberto es el maestro que, como ha dicho uno de sus biógrafos, no se impone sino que expone. Era de todos y a todos se adaptaba maravillosamente. Trata de convencer estimulando, provocando la originalidad, siempre pronto a favorecer el germen de futuros valores intelectuales.

Siempre fué Tomás el amante apasionado de la verdad; pero de sus relaciones íntimas con Alberto prendió en el joven discípulo una sed que nada aplaca, un deseo invencible de penetrar en las bellezas de las cosas, en la grandiosidad del universo y en la maravilla creciente de sus leyes y misterios. De Alberto aprende aquella libertad de espíritu que en Filosofía no se atiene más que a la razón. En su lucha por el aristotelismo Tomás siguió la orientación de Alberto. Es algo dramático ver como el humilde y lleno de mansedumbre Teutón se encara con los espíritus débiles y rutinarios que obstaculizan su obra: "Científicamente inactivos y atrasados, dice, quienes, para consolarse de su propia incapacidad, no ven en los escritos ajenos nada más que faltas. Esta gente es la que ha matado a Sócrates, ha desterrado a Platón. Tales hombres desempeñan en el organismo de la comunidad científica, el papel de la bilis en el cuerpo. Como el flujo de la bilis amarga a todo el cuerpo, así también en la vida científica se dan hombres en gran manera amargos y biliosos, que amargan y agrian la vida a todos los demás y hacen a éstos imposible la búsqueda de la verdad en el benéfico trabajo de conjunto". Y fué finalmente la obra de Alberto quien hizo posible la síntesis doctrinal del Aquinatense.

A Tomás, alto, grueso, moreno, sus compañeros le llamaban el Buey Mudo por su corpulencia y porque rara vez hablaba.

Este silencio fué en él algo consciente, metódico y sistemático. Tan continua absorción mental fué punto de partida y gran principio de su conducta. Guillermo de Tocco, el biógrafo más autorizado porque más íntimamente lo conoció dice: "Se abstenía casi de toda palabra para poder ser secretamente más locuaz con sus pensamientos". Cortaba por lo sano toda suerte de conversaciones, visitas y relaciones externas. Tenía el Santo Doctor la convicción de que el pensador no debe hablar más que lo necesario para infiltrar en los demás el ideal que le alienta y guía.

Hay sobre este particular del silencio un punto en que Tomás se mostraba en todo extremo intransigente: el de las conversaciones con las mujeres. "Admirábase en extremo de que religiosos, consagrados por su profesión a las especulaciones divinas, perdieran el tiempo en un recibidor entretenidos en largas conversaciones con mujeres". En esto Santo Tomás, tan actual en todos sus temas, se sale de la corriente moderna. Poca inspiración tiene que pedir al Angélico el movimiento feminista. Toda su obra traspira, cualquiera que sea la ocasión, (a no ser que se trate de la Madre de Dios) la misma tónica de lo pobremente dotada en el orden intelectual que se encuentra la mujer. ¿A qué se debe esto? ¿Al lenguaje severo de las Sagradas Letras? ¿A la propia experiencia? ¿A influencias aristotélicas? Yo creo que de todo un poco. El Libro de los Proverbios dice que las mujeres "hablan sin cesar. Cuando están ociosas se ocupan de bagatelas. La mujer es charlatana''. Y esto para el Santo son señales inequívocas de un espíritu débil, de una mente vacía. Por eso en la Summa su obra más completa, leemos apreciaciones sobre el tema femenino como éstas: "Las mujeres necesitan mayor sobriedad... Pues no tienen suficiente fuerza de espíritu para resistir los apetitos. Así, según Valerio Máximo, en la antigua Roma las mujeres no bebían vino''. Vean esta otra donde trata de explicar lo que siempre ha sido motivo de eterna lamentación y de crímenes pasionales; la veleidad de las mujeres. "El alma humana posee potencias cuyas operaciones ejercen una influencia hasta en las facultades que no tienen órganos, tales como la inteligencia y voluntad. A este respecto, la mujer por tener una constitución más débil, se apega débilmente a aquello que se apega, si bien

hay que reconocer que existen excepciones. Por esto el filósofo habla de las mujeres como de seres que carecen de un juicio firme de la razón, aún cuando ocurra lo contrario con algunas''.

Ni afirmo ni niego; solamente expongo. Pero es muy significativo que las mujeres fuertes, que los Proverbios comparan por su valor y rareza a un tesoro, aman más la conversación con los hombres que con las de su propio sexo. Ejemplar tenemos en nuestra Teresa de Jesús. Esta mujer tan ricamente dotada, de una feminidad llena de encantos, simpatizaba más con hombres que con mujeres. De sus relaciones con mujeres siempre se lamenta; de su madre porque la enseñó a leer libros de caballería, cosa que "me hizo mucho daño"; de una su parienta porque la metió por caminos de vanidad; de las criadas porque encontraba en ellas aparejo para todo mal. Nada puede encontrarse entre sus amistades femeninas que pueda compararse a la ternura con que amó a su madre, a sus hermanos y a sus grandes amigos el Padre Báñez y el Padre Gracián.

Pero sigamos con Santo Tomás. Hay dos grandes fuerzas que prestan a nuestra cultura armonía y fortaleza; éstas son: tradición e innovación. Representa la tradición el dique que se opone a todo lo violento; la innovación al esfuerzo creador de formas nuevas. En el equilibrio de estas dos fuerzas estriba el orden, ley de la inteligencia. Tomás representa el orden como resultante de la armonía de estas dos fuerzas: tradición e innovación.

Porque el orden que él representa nada tiene que ver con los intereses creados, ni con la rutina consolidada. Pero tampoco se le puede tachar de revolucionario en el sentido peyorativo que tiene esta palabra, como si hubiera tenido la pretensión vana y ridícula de someter la naturaleza y la sociedad a un esquema sacado de su cabeza. Para Tomás el objeto de la filosofía es siempre "imprimir en el alma el orden total del universo y de sus causas; pero el orden que las cosas llevan en las entrañas mismas de su naturaleza y desde que existen lo acatan y realizan con toda pulcritud. Por defender lo que él creía el orden auténtico tuvo que sufrir, como ya hemos dicho, violenta persecución de la tendencia conservadora agustiniana, representada por los franciscanos y gran parte de los mismos dominicos. Fuera de

los límites que le impone la fe, su espíritu se mueve libre sin acatar más que la experiencia, el análisis y el raciocinio para comprender la variedad riquísima del Universo.

Bergson ha dicho: "El filósofo, en mi concepto, es, ante todo, el hombre que está siempre dispuesto, cualquiera que sea su edad, a volver a ser estudiante". Y esto fué Tomás, un perpetuo estudiante que absorbía con voracidad el aliento renovador que, en aquella época, agitaba el espíritu de Europa. Un perpetuo estudiante hasta su muerte cuando ya falto de fuerzas, a los requerimientos de los que le pedían la culminación de su obra, respondió aquél: "no puedo" conque dió a conocer que su misión había terminado.

¿Cómo se explica que el hombre consagrado al estudio; el que trazó tantas páginas de aspecto matemático, el sobrio comentador de textos aristotélicos sea al mismo tiempo un místico? Es que Santo Tomás es el prototipo del sabio verdadero; y como sabiduría es conocimiento profundo de las cosas por sus últimas causas, aquel niño que en Monte Casino preguntaba quién es Dios, logró encontrar en El la razón de todas las cosas no sólo por la vía del intelecto sino también por la afectiva y experimental. Lo buscó con toda su alma por el estudio y la oración. Por eso en él no hay dualidad de vida, la una especulativa y la otra afectiva, sino que las dos, elevadas a una perfección sobrehumana, se funden y completan mutuamente, resultando una sola vida integral. En él no podremos separar lo que pertenece al santo de lo que pertenece al sabio. Logró en su vida, esa admirable armonía de la naturaleza y la gracia que admiramos en sus obras. Místico como San Juan de la Cruz, como Francisco de Asís, poeta también como ellos sentirá la emoción y desbordará en cánticos. Pero mientras que Francisco de Asís en un desbordamiento de pasión divina, Tomás de Aquino es muda contemplación. Francisco cantará siempre: cantará la naturaleza obra de su Dios; cantará los artesonados del bosque, las ondas del agua, la claridad de la cima. Tomás se concentra y guarda silencio. Al pensar en la muerte del Redentor, Francisco sentirá el corazón anegado de amargura; Tomás como lo pintó Fra Angélico en su cuadro de la Crucifixión, mirará y mirará fijamente

a Jesús crucificado con emoción callada, para mejor ahondar en las profundidades del Misterio.

Unidad, simplicidad; absorber luz para tornarse luminoso. Esto fué Tomás el Aquinate, santo y sabio.

SU OBRA

Del estudio del sabio que fué Tomás, se desprenden los caracteres de su obra; éstos son: orden, universalidad y profundidad.

Santo Tomás ha sido llamado El Genio del Orden. Es ya un lugar común comparar la Summa a las grandes catedrales góticas. Como en éstas, en la obra de Tomás todo es orden, grandeza, firmeza. Es el clásico de la filosofía. Nada de excesos; impone sus límites al pensamiento, sus normas a la voluntad, su ritmo al corazón. Lo más original que he leído como síntesis de la obra del Aquinatense es el paralelo que Weber establece entre la Summa y las fugas de Juan Sebastián Bach. "Bach es, dice este autor, una excelente referencia para entender a Santo Tomás de Aquino. El mismo empleo de la tradición a veces, con una libertad que desconcierta nuestras ideas sobre la propiedad artística. La misma fácil abundancia. La misma austeridad de forma; ni uno ni otro parece que jamás aspiran a agradar. La misma impersonalidad, porque son universales. La misma sugestión de lo acabado, de la necesidad de los desarrollos, del carácter concluyente, aquí de los argumentos, allí de las cadencias. En uno y otro, por fin, un no se qué de rudo, de inexorable, pero que subyuga por su carácter de superioridad. El espíritu de Santo Tomás circula como la sangre y palpita en cada parte de su obra. Cuestiones, artículos, objecciones, se entrelazan y se funden dentro del finamismo vital de la idea que preside todo su plan arquitectónico, haciéndolas converger hacia el acorde final y unificador de su magna sinfonía.

EL MENSAJE DE TOMAS

Para todos es un mensaje. A los tomistas severamente les advierte que la filosofía no es algo estático, sino una cosa viva,

una realidad presente rica en posibilidades y que tiene ella, como la verdad que es su objeto, el privilegio de conciliar en sí la duración y la juventud en perpetua renovación. Las grandes crisis de la Escolástica aparecieron, cuando a las grandes figuras representativas de los siglos XIII y XIV siguieron unos hombres mediocres para quienes la filosofía tenía los caracteres de algo definitivamente logrado. El tomista para que sea legítimo ha de tener gran respeto a la tradición; pero como aristócrata del pensamiento ha de ser creador. Las páginas magistrales del Analítico nunca han de ser para el pensador yugo que oprima sino impulso que estimule. Equivalente de este pensar libre son los nombres de Vitoria, Soto, Cano y tantos otros innnovadores discípulos de Santo Tomás. Este es el mensaje de Tomás a los tomistas: "Dispersa a todos los vientos, dispuesta a organizarse, concentrarse, está la potencia intelectual de nuestro siglo esperando el genio dispuesto a incorporarse a la Eterna y Perenne Filosofía''.

Chesterton dice que cada generación es convertida por el Santo que más le contradice. Así pues, como el siglo XIX porque había olvidado el romance; se asió al romance franciscano, de igual modo el siglo XX porque ha olvidado la razón se acoge a la teología tomista. En un mundo que era demasiado insensible, el cristianismo volvió en forma de un vagabundo; en un mundo que se ha vuelto irreflexivo, el cristianismo ha vuelto en la forma de un maestro de lógica. Y éste es sobre todo el mensaje de Tomás al mundo intelectual moderno: lógica, ponderación, reflexión. Un método para cada ciencia; el experimental en las ciencias positivas; el analítico en las matemáticas; el racional en la investigación ontológica del ser puro; el crítico en la historia; el autoritativo en la Teología. En lugar del irracionalismo y el vitalismo rebelde, la Filosofía del Ser. Pero su mensaje supremo es lo que fué aspiración de toda su alma: la búsqueda ansiosa de Dios.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Espero que las preguntas sean todas muy atinentes al contenido de la conferencia que acabamos de escuchar; con la libertad de

criterio que se quiera, pero atinentes a la conferencia. ¿Quisiera usted, Dr. Fávole, hacerle al Padre Jiménez alguna pregunta u observación?

DR. FAVOLE: Bueno, yo voy a hacer una pregunta que tiene exclusivamente por finalidad comenzar el ciclo de ellas. Como Juvenal, Santo Tomás ha nacido en Aquino. El Padre Jiménez nos ha señalado esa rudeza que es propia de los habitantes de aquella región. Sin embargo, al presentar a Santo Tomás, sobre todo en relación con las mujeres, el Padre Basilio ha dicho que Santo Tomás luchaba contra el conservatismo justiniano, y me parece que, en efecto, como ha dicho muy bien él, el criterio que tenía de las mujeres un filósofo que luchaba contra criterios más estrechos, no era en realidad el que su misma época ya le estaba concediendo al sexo genérico. ¿Quisiera usted decirme algo sobre ésto, Padre?

PADRE JIMENEZ: De manera que a usted le extraña que Tomás de Aquino tuviera cierto sentido peyorativo de la mujer y qusiera saber el por qué. Yo creo que lo he dicho; puede ser que sea influencia de la Sagrada Escritura, que no es que tenga un sentido peyorativo, pero en el orden de la naturaleza, la Sagrada Escritura siempre habla así, en ese mismo sentido. Hay que ver las enérgicas palabras del libro de los Proverbios, del libro de la Sabiduría. "No te pongas delante de la mujer bella, porque te matará como si fuera un basilisco". El Profeta Isaías dice: "La mujer mueve muchos los pies". No sé si ese mover los pies es que baila mucho o que corretea mucho. Eso es lo que yo no sé, lo que no he podido interpretar. La mujer mueve mucho los pies, y ésto no agrada a Dios. Ahora bien, Santo Tomás era un hombre que pensaba mucho las cosas, que no se dejaba llevar de autoridad. Por eso, aunque yo digo que puede haber de todo un poco, creo que más que nada su opinión se debería a la experiencia que él tuviera. Hay que partir de un supuesto: dada la vida de retraimiento que tuvo Santo Tomás, no pudo tener mucha experiencia de lo que fuera la mujer. Weber señala que, cuando estaba preso en el castillo de Roccaseca, le iban a visitar piadosamente sus hermanas, y él, para pasar el tiempo, les explicaba la Sagrada Escritura y el Libro de las Sentencias. Dice Weber: "Ese puede decirse que fué el primer círculo tomista que ha existido". Ahora bien, ¿cómo eran las hermanas de Santo Tomás? Si él no tuvo más experiencia de la que daba la capacidad intelectual de sus hermanas, y aquella capacidad intelectual era pobre, puede ser que se basara en ello, al mismo tiempo que en la autoridad que tenía Aristóteles. Para Aristóteles, desde luego, es intelectualmente inferior la mujer al hombre; y en ese sentido habla Santo Tomás, siempre habla de ella como un ser inferior al hombre, negándole capacidad creadora de cultura. San Agustín dice todo lo contrario al parecer, pero en otro sentido; habla de la capacidad asimiladora de la mujer, que es cosa muy distinta; habla de su madre, que tenía una capacidad asimiladora muy grande para las doctrinas que él enseñaba. Ahora, son dos cosas completamente distintas.

DR MAÑACH: Bien, vamos a ver si no habrá por ahí alguna mujer que esté dispuesta a luchar por la equiparación de los derechos, la equiparación de los derechos de la mujer con el hombre...

DR. BEGUEZ CESAR: Permítame previamente el doctor Mañach hacer una breve exposición antes de hacerle la pregunta al Padre Jiménez. Muy breve, muy breve.

DR. MAÑACH: Mi querido Béguez César, si la puede dejar reducida a la formulación tersa de su pregunta se lo agradecería mucho.

DR. BEGUEZ CESAR: Muy bien.

DR. MAÑACH: Son pocos minutos los que tenemos.

DR. BEGUEZ CESAR: Será. La naturaleza humana en el orden trascendente, Padre Basilio, ofrece dos órdenes la historia del pensamiento: la de los antiguos griegos y la Grecia decadente. ¿Cómo hacen crisis esas dos doctrinas en la época de Santo Tomás, en la Summa Teológica? Más breve no puede ser, doctor Mañach.

DR. MAÑACH: Muy bien, doctor Béguez César. El Padre me dice que no ha entendido su pregunta.

PADRE JIMENEZ: No, que no le he oído.

DR. BEGUEZ CESAR: La brevedad, doctor Mañach, la brevedad.

PADRE JIMENEZ: No es que no haya entendido la pregunta; es que no la he oído.

DR. BEGUEZ CESAR: La naturaleza humana, en el orden trascendente, ofrece dos clases de tendencias en la historia del pensamiento humano: la de los antiguos griegos y la Grecia decadente. ¿Cómo hacen crisis esas dos tendencias en el pensamiento de Tomás en su obra la Summa Teológica?

PADRE JIMENEZ: Francamente, yo no sé cómo responder a eso. ¿Cómo hace crisis en esas dos tendencias de la Grecia clásica y de la Grecia decadente, el concepto de lo trascendente? No lo entiendo. No capto bien.

DR. MAÑACH: Mire, doctor Béguez César, el problema es que usted está inyectando una pequeña tesis personal, dentro de una pregunta.

DR. BEGUEZ CESAR: Es una tesis filosófica.

DR. MAÑACH: No lo dudo; no dudo que sea una tesis filosófica, pero usted la está inyectando dentro de su pregunta, y el Padre no cree que tenga pertinencia ninguna en relación con el pensamiento de Santo Tomás de Aquino. Yo tampoco lo creo. A otra pregunta locutor, si me hace el favor. El doctor Guiteras ha levantado la mano.

DR. GUITERAS: En mis años universitarios, parecía en los círculos científicos advertirse una contradicción entre la ciencia y la fe. Evidentemente, por lo que usted ha dicho de Santo Tomás, esa contradicción no existe, ni en su vida, ni en su pensamiento. ¿Cree usted muy pertinente a nuestra época la resurección del pensamiento tomista? ¿Entiende usted

que efectivamente en nuestro tiempo, más que en ninguno, es necesario no distinguir ni establecer contradicción entre la ciencia y la fe?

PADRE JIMENEZ: Claro. Precisamente la gran labor, o mejor dicho, parte de la gran labor realizada por Tomás de Aquino es deslindar los campos de la teología y de la filosofía. Hasta Tomás de Aquino, todos habían subordinado la filosofía a la teología, y la filosofía no tenía más misión que ser sierva de la teología. Viene Tomás de Aquino, deslinda precisamente los dos campos: campo de la razón, campo de la fe. Campo de la razón, principio de los principios racionales. Campo de la fe: los principios revelados. Para Santo Tomás no puede haber contradicción entre la fe y la ciencia, porque las dos parten de un mismo principio, que es Dios. En Dios no puede haber contradicción. Puede haber una contradicción aparente, dice Santo Tomás, y entonces tenemos que ver cómo la contradicción tiene que ser aparente; cuando aparece esa contradicción, o bien se está creyendo que es cosa de fe lo que verdaderamente no lo es, o se está dando por cosa demostrada lógicamente lo que no lo está que es lo que pasa muchas veces con los conflictos entre la ciencia y la fe. Aparece en conflicto, por ejemplo, el problema de la evolución. En primer lugar, a la idea de evolución no se opone la fe cuando la evolución es moderada. En segundo lugar, supóngase usted que se trata de la evolución exagerada, y se sostiene que ha habido distintas especies, que la raza humana no ha tenido un tronco común (porque la evolución moderada significa esto) ¿se opone a la fe que Dios, en el momento que el animal llegó a cierta perfección, haya infundido en un cuerpo de animal el alma humana? No se opone. Luego puede admitirse una evolución moderada sin contrariar la fe. Pero, hay otras evoluciones que sí están en contra de lo que la fe nos dice. Lo que nosotros tenemos que mirar aquí es toda la evolución. No es una cosa rigurosamente demostrada; es una hipótesis. Es una hipótesis, nada más que una hipótesis. Lo mismo pasa con otras cosas de la ciencia. Estamos dando por rigurosamente demostrado lo que no lo está. ¿Hay contradicción entre la fe y la ciencia? No, no hay contradicción, porque uno de los términos no está rigurosamente demostrado. Lo de la fe sabemos nosotros, por lo menos los cristianos, que es cierto. Ahora, lo otro, no está rigursamente demostrado, es una hipótesis, y por una hipótesis no vamos a echar abajo lo que vale tanto para nosotros, como es la fe.

DR. MANUEL DE LA MATA: Me había extrañado, a través de la conferencia del disertante, no oír mencionar a Santo Tomás como subordinador de la filosofía, de la razón a la fe. Pero, a través de la contestación que acaba de dar, ha iniciado ya algo en este sentido. Sin embargo, no creo que esté perfectamente claro en cuanto a la exposición.

En primer lugar, me parece que si no están demostrados ciertos principios científicos, racionales, etc., sería muy difícil llegar a establecer que están demostrados otros, como la existencia de Dios y todos los dogmas

y principios de la Iglesia. Me parece más difícil la demostración de este tipo que la otra, de verdades científicas. Si la razón es limitada, me parece que puede llegar a algo. En cambio, la fe si no se tiene, me parece un poco difícil de conseguirla a través de ese procedimiento. La pregunta que voy a hacer fundamentalmente es la siguiente: ¿Cómo se puede considerar a Santo Tomás como investigador fundamental de la verdad, cuando él ya da una verdad establecida y sencillamente lo que hace, a través de su filosofía, es intentar justificar eso que ya está establecido por la Iglesia? No se encuentra un sentido científico en Santo Tomás. No se encuentra un propósito de ir a buscar la verdad. La verdad se le da ya a él por revelación, o como sea. Vamos a colocarnos en el plano de Santo Tomás, no en el humilde nuestro, que no hemos llegado tan alto en ese aspecto teológico. Sencillamente, la pregunta concreta, para evitar posibles divagaciones es ésta: ¿Cómo puede pensarse que le interesa llegar a la verdad, si él acepta ya la verdad preestablecida como dogma, y hace de la filosofía una servidora solamente, para de una manera más o menos adaptada, llegar forzosamente a esas verdades establecidas y no a otras?

PADRE JIMENEZ: Bueno, es que aquí hay una confusión. Una confusión entre el Santo Tomás teólogo y el Santo Tomás filósofo. El Santo Tomás teólogo parte de los principios de la fe. Por eso decía yo que el método de la teología se funda en el principio de autoridad. Para la teología, el principio de autoridad es la revelación. Ahora, Santo Tomás filósofo no da por sentado lo que va a demostrar. Esa fué la labor de Santo Tomás contra toda la corriente filosófica que había; establecer lo que él creía que era la verdad filosófica. Independientemente de la teológica.

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Entonces está negando taxativamente la afirmación que se hace de que Santo Tomás hace de la razón una servidora de la fe?

PADRE JIMENEZ: Hombre, una servidora de la fe, pero no una sierva de la fe, que no es lo mismo. Santo Tomás, una vez poseído de la verdad aristotélica, que él creyó que era la verdad, la empleó para esclarecer ciertos misterios de la fe; pero no partió de la fe para llegar a Aristóteles.

DR. MANUEL DE LA MATA: No vamos a entrar en disquisiciones de carácter lingüístico, a propósito de si "servidores" es o no es lo mismo que "siervos", aunque para mí, en el fondo, viene a ser lo mismo, porque servir a una causa, más o menos intensamente, es servir; y siervo y servir tienen la misma raíz y expresan la misma idea fundamental. En este caso, si la filosofía va a servir exclusivamente en un plano dialéctico si se quiere, para llegar a una conclusión preestablecida, no encuentro contestada la pregunta mía en el sentido de cómo se puede pensar en un Santo Tomás filósofo si éste coloca la filosofía como servidora, como sierva, o como quiera decir, verdad? Fun-

damentalmente, no puede llegar a conclusiones distintas a las que ya ha establecido la fe. Entonces la filosofía no sirve para nada, porque no va a buscar nada.

DR. MAÑACH: No haga esas afirmaciones; lo van a oír mis estudiantes de Historia de Filosofía y se me dan de baja.

DR. MANUEL DE LA MATA: El que hace esas afirmaciones no soy yo. El que está haciendo estas afirmaciones es el disertante, desgraciadamente. Todos los textos de filosofía señalan como característico de la posición escolástica el hacer de la filosofía servidora de la fe.

PADRE JIMENEZ: No se fíe de los textos de filosofía, de Historia de la Filosofía.

DR. MANUEL DE LA MATA: Además, a través de la afirmación suya, creo que se llega a la misma cosa.

PADRE JIMENEZ: No, no. No es lo mismo. Una cosa es que yo tenga una filosofía, libre esa filosofía, y después yo, para esclarecer mi pensamiento teológico, use de esa filosofía. Eso no quiere decir que mi filosofía sea dependiente de la teología, ni de los principios de la fe. Yo he encontrado, a través de mis disquisiciones, cierta armonía entre lo que me enseña mi filosofía, que yo libremente he adquirido, y la fe, y como encuentro esa armonía, la aprovecho. Yo no veo que ahí haya ninguna sujeción a la teología. Ni ninguna esclavitud de la filosofía.

DR. MAÑACH: ¿Está claro?

DR. MANUEL DE LA MATA: Para él sí, para mí no.

PADRE JIMENEZ: Creo que están bien deslindados los campos.

DR. GUITERAS: Decididamente, doctor Mañach, quiero hacer una pregunta.

DR. MAÑACH: Muy breve, porque nos quedan segundos nada más, y al Padre Jiménez le voy a rogar que sea breve también.

DR. GUITERAS: Muy breve, Padre, pero no puedo resistir a la tentación de hacerla. Resulta que el interrogante hace una pregunta en relación con la verdad, y parece que encuentra una contradicción y una imposibilidad en llegar a la verdad por dos vías distintas: la vía de la fe y la vía de la ciencia. Yo entiendo que esa contradicción no existe y quisiera que el Padre me confirmara si estoy en lo cierto o no. En otras palabras, yo entiendo que uno es el mundo fenomenológico, que está dentro de los límites de nuestro conocimiento y ningún sabio puede ignorar indiscutiblemente que el conocimiento tiene en ese mundo límites que no se pueden traspasar, y el otro es el mundo trascendente, o lo que sea, lo que está más allá, lo que está detrás del fenómeno, y esa también es otra verdad que no se puede conocer por vía científica y por vía experimental. ¿Estoy equivocado, Padre Basilio?

PADRE JIMENEZ: No, no está equivocado.

DR. MAÑACH: Bien, han terminado las preguntas. Muchas gracias, Padre Jiménez. Como usted ve, Padre Jiménez, en la Universidad del Aire hay mucha vitalidad intelectual y muy diversos criterios...

UNIVERSIDAD DEL AIRE

QUINTO CURSO:

OCTUBRE 1950 A NOVIEMBRE 1951
"LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

PROGRAMA DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

Febrero 4		Sesión Extraordinaria. Hablará la Dra. Irene Silva de Santolalla.
XVIII **Febrero 11**	a) b)	El Imperio de Gengis Kan. Turcos y Mongoles.
XIX **Febrero 18**	a) b)	El Renacimiento y las ciudades italianas. El molde de Leonardo.
XX **Febrero 25**	a) b)	Humanistas y Arqueólogos. Los tamaños heróicos en el arte.
XXI **Marzo 4**	a) b)	Exploradores y aventureros. Los grandes inventos. La imprenta.
XXII **Marzo 11**	a) b)	España y la Reconquista. Colón y el Mundo Nuevo.
XXIII **Marzo 18**	a) b)	La historia de Giordano Bruno. De Copérnico a Galileo.
XXIV **Marzo 25**	a) b)	Maquiavelo y los Utopistas. El amanecer de la Ciencia física.
XXV **Abril 1º**	a) b)	La formación de los Estados modernos. La burguesía y los banqueros.
XXVI **Abril 8**	a) b)	Lutero y la lucha de la Reforma. Carlos V y la Contra-Reforma. Loyola.
XXVII **Abril 15**	a) b)	La España del Siglo de Oro. La Conquista de América.
XXVIII **Abril 22**	a) b)	Cervantes y su España. Shakespeare y la época isabelina.
XXIX **Abril 29**	a) b)	Francisco Bacon y la experiencia. Descartes: el descubrimiento de la mente moderna.
XXX **Mayo 6**	a) b)	Las rivalidades imperiales. El Derecho de Gentes.
XXXI **Mayo 13**	a) b)	Los clásicos de la literatura francesa. El Barroco.
XXXII **Mayo 20**	a) b)	El Siglo del Rey Sol. Hapsburgos y Borbones en España.
XXXIII **Mayo 27**	a) b)	Isaac Newton y la ciencia nueva. El imperio de la Razón.

XXXIV Junio 3	a)	Aurora del liberalismo en Inglaterra.
	b)	La Revolución de las colonias inglesas.
XXXV Junio 10	a)	Voltaire y Montesquieu.
	b)	El sembrador Rousseau.
XXXVI Junio 17	a)	La Revolución Francesa.
	b)	Napoleón, el corso genial.
XXXVII Junio 24	a)	España decapitada.
	b)	Bolívar y la independencia iberoamericana.
XXXVIII Julio 12	a)	La Revolución industrial.
	b)	El romanticismo.
XXXIX Julio 8	a)	La gran música prerománica.
	b)	Kant: el viejito de Koenigsberg.
XL Julio 15	a)	Dos grandes sordos: Beethoven y Goya.
	b)	El imperio de Goethe.
XLI Julio 22	a)	Bryon y Walter Scott.
	b)	Balzac y Víctor Hugo.
XLII Julio 29	a)	Waterloo y la Santa Alianza.
	b)	Doctrina de Monroe y el "Destino Manifiesto".
XLIII Agosto 5	a)	La prosperidad de las ciencias.
	b)	El Positivismo.
XLIV Agosto 12	a)	Los movimientos del 48.
	b)	El Manifiesto Comunista.
XLV Agosto 19	a)	Darwin y los rumbos del pensamiento.
	b)	El evolucionismo y Spencer.
XLVI Agosto 24	a)	El genio de Wagner.
	b)	Nietzsche y el vitalismo.
XLVII Sept. 2	a)	La Guerra Civil de los Estados Unidos.
	b)	El proceso de Hispano-América.
XLVIII Sept. 9	a)	Prusia y Bismarck.
	b)	La Rusia de los Zares.
XLIX Sept. 16	a)	Africa y la expansión imperial.
	b)	La India y el Japón.
L Sept. 23	a)	Pasteur y su tiempo.
	b)	La crisis filosófica. Bergson. James.
LI Sept. 30	a)	El genio de Dostoyewski.
	b)	El genio de Galdós.
LII Oct. 7	a)	El "fin de siecle" y su literatura.
	b)	Rubén Darío y el Modernismo.
LIII Oct. 14	a)	Martí y la guerra hispanoamericana.
	b)	La Guerra boer.
LIV Oct. 20	a)	Ambiente del Siglo nuevo.
	b)	El mundo de la técnica.
LV Oct. 28	a)	El capital en el mundo moderno.
	b)	La organización de los trabajadores.
LVI Nov. 4	a)	La guerra ruso-japonesa.
	b)	El ascenso de los Estados Unidos.
LVII Nov. 11	a)	La paz armada en Europa.
	b)	La primera Guerra Mundial.

LVIII **Nov. 18**	a)	El sueño de Wilson.
	b)	La Revolución rusa.
LIX **Nov. 25**	a)	Freud y la nueva Psicología.
	b)	Picasso y la revolución en las artes.
LX **Dic. 2**	a)	Ambiente de lap rimera post-guerra.
	b)	Las derechas extremas. Mussolini y Hitler.
LXI **Dic. 9**	a)	El caso Roosevelt.
	b)	La Segunda Guerra Mundial.
LXII **Dic. 16**	a)	Estela de la Segunda Guerra Mundial.
	b)	Ante la Era Atómica.

Una gran obra que interesará a los lectores de estos Cuadernos



SANGRE Y SEXO

Por el profesor Gustavo Pittaluga

6.00

"SANGRE Y SEXO -dice en el prólogo el profesor Pittaluga, autoridad indiscutible en la materia- son para mí dos temas que guardan su jerarquía al fundirse en un estudio de sus relaciones en el organismo humano y en la persona -esto es, en un ser cuyas actividades, supeditadas a las necesidades orgánicas, están regidas por la mente, gobernadas por la razón, arrastradas a veces por la pasión, exaltadas o deprimidas por la emoción, sublimadas por el amor".

Sección de Librería
Planta Baja.

El Encanto



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.